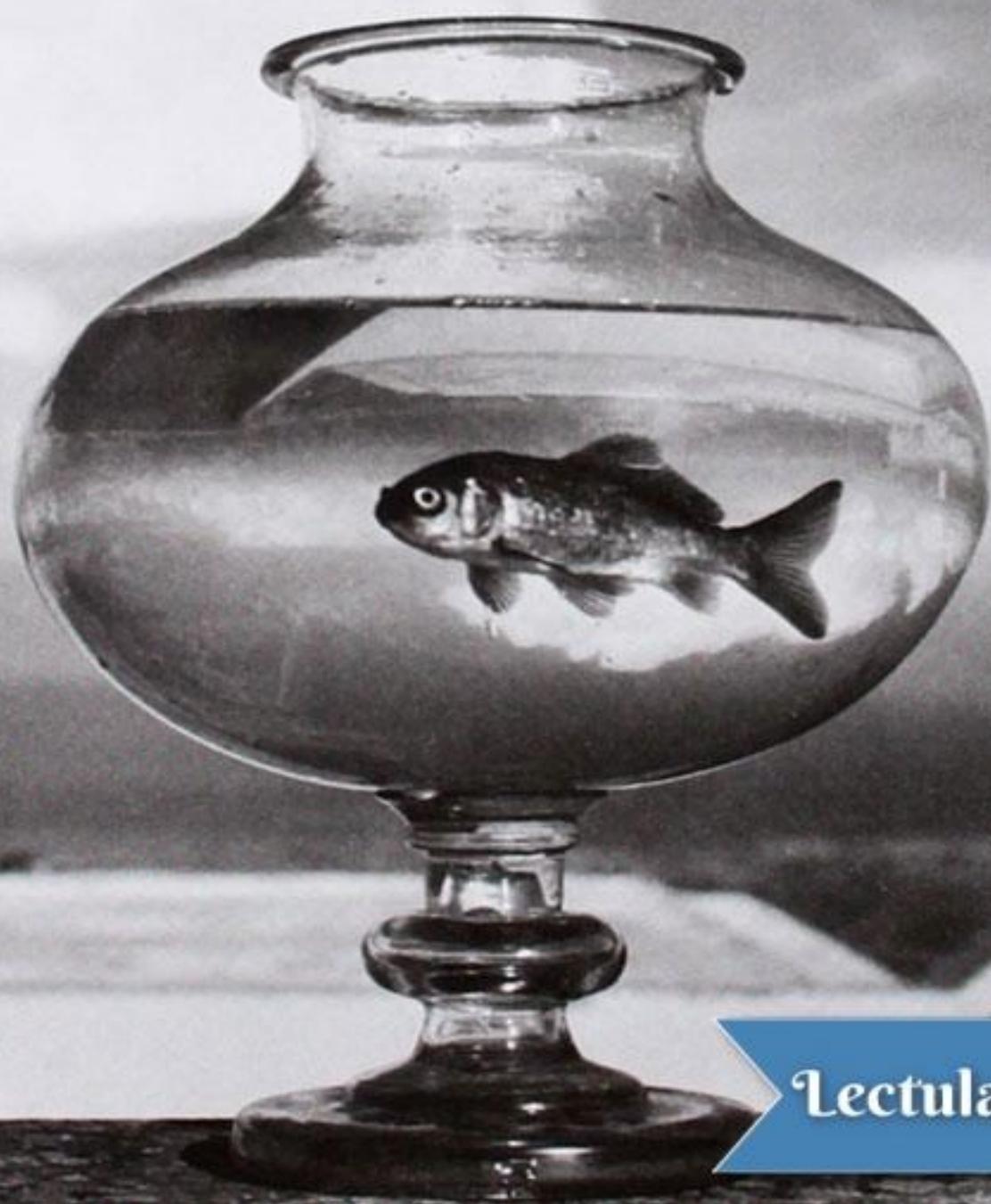


Mientras duerme el tiburón

MILENA AGUS



Lectulandia

Tratemos de vivir lo mejor que podamos mientras duerme el tiburón, porque cuando se despierta... Una bellísima metáfora sobre la vida.

La familia Sevilla Mendoza, que a pesar del nombre es «sarda desde el Paleolítico Superior», está formada por personas de lo más extrañas, como lo son siempre las familias de la literatura de Milena Agus. Un padre fascinado por América del Sur, una madre que persigue la belleza para pintarla, un hermano que busca la perfección en las partituras de grandes compositores, una tía obsesionada con encontrar un novio, una hija enamorada de un hombre casado lleno de perversiones eróticas... Y en esta familia de amor se habla mucho, y de sexo, de muerte, de Dios —del que nunca se logra aclarar si existe o no—, de la vida misma..., que es como estar atrapado dentro de la boca de un tiburón: cuando duerme, si hay suerte logras escapar, pero cuando despierta todo cambia.

Ésta es la primera novela de Milena Agus, gracias a la cual se ha revelado como una gran escritora, triunfando en el panorama literario internacional.

Lectulandia

Milena Agus

Mientras duerme el tiburón

ePub r1.0

orhi 21.05.15

Título original: *Mentre dorme el pescecane*

Milena Agus, 2005

Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los doctores
Clara Corda y Valter Cicone

—¿Y ahora? —preguntó Pinocho.

—Ahora, hijo mío, estamos totalmente perdidos.

—¿Por qué perdidos? ¡Deme la mano, papá, y tenga cuidado de no resbalar!

—¿Adónde me llevas?

—Debemos tratar de huir otra vez. Venga conmigo y no tema nada.

De *Las aventuras de Pinocho*,
de Carlo Collodi

1

La familia Sevilla Mendoza

En realidad la nuestra no es para nada la familia Sevilla Mendoza. Somos sardos desde el paleolítico superior, estoy segura.

Mi padre es el que nos llama así, con los dos apellidos más corrientes de allá. Ha viajado mucho y América es su mito, pero no la del Norte, la rica y afortunada, sino la del Sur, la pobre y gafada. Cuando era joven decía que quería irse otra vez para allá solo o con la mujer con la que fuera a casarse, con la que compartiría los ideales y la aventura de tratar de salvar el mundo.

A mamá nunca le pidió que lo acompañara. Él se fue a todos los sitios donde precisaban ayuda. Pero nunca con ella, que le tiene mucho miedo a los peligros y está siempre sin fuerzas.

En nuestra casa cada cual persigue algo: mamá, la belleza; papá, Sudamérica; mi hermano, la perfección; mi tía, un novio.

Yo escribo historias, porque cuando el mundo de aquí no me gusta, me traslado al mío y estoy de maravilla.

El mundo de aquí tiene muchas cosas que no me gustan. Es más, diría que lo encuentro feo e indiscutiblemente prefiero el mío.

En mi mundo también está él, que ya tiene mujer.

No debo olvidar de ningún modo lo que me dijo.

—Júrame que no querrás mantener conmigo una relación sentimental.

Y yo:

—Te lo juro.

—La nuestra es una relación animal, no vegetal.

—Es una relación animal.

—Somos dos perros que, cuando se ven, mueven la cola y se huelen el culo.

—¿A ti no te parezco guapa? —le pregunto.

—La más guapa que hay aquí.

—Pero si sólo estoy yo.

—¿Y?

—Por favor, dime si a ti te parezco guapa.

—Tienes el mejor culo del mundo.

Pero mi idea del amor no puede limitarse únicamente al culo.

—¿Y mi cara, te gusta mi cara?

—Con un culo como el tuyo, qué me importa a mí tu cara. Además, si hay algo que me toca los cojones, es tener que hacer cumplidos por obligación.

Entonces lo dejo ahí, porque no quiero hacer como mamá.

Abuela cuenta que mamá siempre fue un poco coñazo. Cuando era pequeña, antes de irse a la cama, se despedía de sus padres con un beso y las buenas noches. Y ellos

a lo mejor estaban cansados y le contestaban distraídamente con un «buenas noches».

—¡Quiero que me deis las buenas noches bien dadas! —imploraba la niña.

—Buenas noches —saludaban ellos, algo irritados.

—¡Así no, así no! ¡Es todavía peor que antes! —se desesperaba y lloraba hasta que los abuelos, exhaustos, le daban las buenas noches con todas las de la ley. Sólo entonces, cuando ya no quedaba más remedio, se dormía.

Se levanta al alba y se va a la terraza con el cubo de lejía y la escoba para limpiar las «caquitas» de las palomas. Pero hasta con ellas es amable. Las invita a marcharse construyendo a los lados una barrera de plantas espinosas rojas y blancas, perfectamente a tono con las baldosas del suelo. O cuelga de los cables unos sobres, que las asustan con su frufrú. Y también todas las otras flores son rojas y blancas: los jazmines, las rosas, los tulipanes, las fresias, las dalias.

Para ella los colores son importantes incluso cuando tiende la ropa. Pero creo que en este caso no se trata de estética. Para nuestra ropa interior, la de los hijos, por ejemplo, usa siempre pinzas verdes: la esperanza. Para la de su cama y la de papá usa las rojas: la pasión. Me he fijado en que siempre evita las amarillas, o sea, la desesperación, y cuando las encuentra en esos paquetes que venden, he comprobado que las hace desaparecer.

Mamá no sólo le tiene miedo a las pinzas amarillas, sino a todo. Es raro que vea una película hasta el final y que no huya aterrorizada del cine en cuanto ve la primera escena algo dura, o simplemente realista.

Le tiene miedo hasta a las estrellas, porque sabe de astrología y analiza con inquietud su recorrido, su posición. Es muy difícil que en el cielo no haya algún motivo de preocupación.

Siempre dice que no se perdonará nunca por no haber hecho que mi hermano naciera unas horas más tarde: en el cielo habría habido un estupendo aspecto entre Venus y la Luna, ambas en exaltación, y eso habría hecho de él una persona feliz en el amor. Y por mí también se siente culpable; en mi caso, en cambio, habría bastado con que naciera una hora antes.

—Debí hacerme valer —dice siempre—, ya estaba con dolores de parto y no quería molestar. Ellos insistían en que no había salido de cuentas y no era cierto. ¡Parí a mi niña sin dolores, en un momento en que la Luna estaba en cuadratura con todos los planetas! Pobre hija mía.

Mi padre dice que es una coneja y que hace caca en forma de pelotitas. Muchas veces se le acerca y le susurra al oído el ruido que hace cuando come zanahorias.

—Crunch crunch crunch crunch crunch crunch crunch crunch crunch —y mamá se parte de risa y siempre lo mira extasiada, porque él es su opuesto. A él no le importa ni medio pimiento lo que piensen los demás. Y nunca se disculpa por nada. Y nunca se siente inferior a nadie, ni siquiera por no tener una licenciatura. Es más, cuando la gente hace gala de sus títulos dice que eso no es cultura, que la cultura es

otra cosa y que son unos grandísimos ignorantes.

—Tu madre —me confió una vez papá—, es una «esposa de cachondeo». A todos los que tienen que tratar con ella deberíamos entregarles un prospecto. Instrucciones de uso. Si alguna vez tuviera problemas, si alguna vez estuviera triste y ya no consiguiera hacerla reír, de verdad que preferiría estar en el lugar más desgraciado de la tierra y hurgar en la basura.

Por eso nunca le confiamos nada y hacemos de filtro entre ella y el mundo.

Yo en cambio tengo un estómago de hierro. Como mi abuelo materno, que se tragó la guerra en la Marina, tres naufragios, dos años prisionero de los alemanes y, para colmo, los últimos meses también de las SS, marchando día y noche en medio del hielo mientras se retiraban y mataban a todos los que no podían con su alma. Luchó con los perros para disputarles unas peladuras de patata de la basura, mientras Astilla se divertía mirando. Caminó sin detenerse nunca, por eso no lo mataron y consiguió salir con vida.

Regresó y empezó a vivir otra vez. Lo único que tenía era que estaba nervioso. Se te caía un tenedor de la mesa y él pegaba un salto.

A mi madre dejó de contarle enseguida los horrores de la guerra, porque por las noches la niña tenía pesadillas y soñaba que estaba con abuela en una larga cola de gente a punto de ser internada, mientras abuelo era torturado.

Como reacción a la maldad de Hitler, de jovencita se hizo comunista. Pero después leyó sobre los crímenes de Stalin y Mao y sobre lo fea que era la vida en Rusia y en China. Se metió en la Iglesia, pero allí también había, o en el pasado hubo gente mala: por ejemplo, los inquisidores, o las mojigatas despiadadas. La única solución era la democracia. Perfecta. Pero papá dice siempre que incluso las democracias occidentales, con su dictadura económica, asesinan al Tercer Mundo.

Él ya está casado, pero esas llamadas telefónicas tienen el efecto de un encantamiento.

—Soy yo, ¿cómo estás?

Ya no me acuerdo cómo estoy. Empiezo a abrirle paso entre la multitud, a organizar planes complicadísimos para que venga a casa cuando mi familia no está. Sobre todo mi madre que cuando no está en el trabajo, está siempre en casa. La convengo para que salga a pintar sus cuadros y la voy dejando con su paleta cada vez más lejos: en el monte de San Michele, que domina toda la ciudad, pero allí a mamá le entra la tristeza por cómo murió la pobre Violante Carroz en el año 1511, o la dejo en el faro de Calamosca, en el horizonte infinito. Después quedamos en que iré a recogerla a una hora determinada y vuelvo a buscarla con mi vespa roja, porque no hay manera de que mamá se oriente y tome un autobús.

La espera es una verdadera ceremonia: bombilla de diez vatios en el dormitorio, silencio total. Lo espero tendida en la cama como si fuéramos a salir. Abrigo, bolso, zapatos de tacón y manos cruzadas sobre el pecho. Una muerta dispuesta a renacer.

Una feúcha dispuesta a volverse hermosísima.

Como está casado y no puede dejarse ver por ahí conmigo, entonces la salida se produce en nuestra imaginación. Los trajes son mágicos, porque no dependen de las temporadas reales, sino de lo que ese día tengas en mente.

El timbre, el código. Él entra, me echa un vistazo que me parece que quiere decir «Estás guapa», recorre los dos pasillos de mi casa hasta mi dormitorio, recoge a la muchacha tendida en la cama y se la lleva a otro mundo.

Mi hermano suele estar triste. Cuando estamos seguros de que mamá no nos oye, me habla de su colegio, que es un lugar muy duro. Por ejemplo, los más fuertes siempre toman por lo menos dos meriendas, los débiles ni siquiera una, de lo contrario «reciben una paliza». La merienda que mi madre le prepara se la quitan de las manos los más fuertes. Lo mismo pasa con su calculadora y sus útiles. Hay que volver a comprárselos. Dice que si por él fuera no volvería al colegio, especialmente ahora que una chica que le gustaba empezó a salir con uno de los más fuertes. Tocaría el piano y nada más.

Mamá también me contaba sobre su oficina con la misma tristeza. Trabajaba en el archivo.

Con la llave negra abría la puerta de la primera habitación. Había allí una pequeña caja fuerte donde se guardaban dispuestas en filas unas llaves de distintos colores que abrían los armarios. Pero una de ellas, pese a ser del mismo color que las restantes, tenía una pequeña marca y permitía acceder a la segunda habitación. En ésta también había una pequeña caja fuerte con las llaves para acceder a los documentos más delicados. Cada documento tenía su colocación a través de ordenador, pero de esto se ocupaba uno de sus compañeros. Mamá sólo tenía que ir a abrir los armarios, llevarle los documentos a sus compañeros que los solicitaban y ocuparse de que todo volviera a su sitio. Pero era lenta y sus compañeros la recibían con bufidos, y ella a menudo tropezaba con las sillas, o se caía de la escalera cuando el anaquel estaba alto, y los documentos se desparramaban por el suelo. Se sentía culpable, y con una docilidad cada vez más exasperante, jamás pedía tener las vacaciones en agosto y ni siquiera un pequeño aumento de sueldo. Además le ocultaba todo esto a mi padre, de modo que lo de hacer vacaciones en noviembre lo hacía pasar por una originalidad, un deseo personal.

Por las mañanas cuando entraba en la cocina estaba hecha polvo y sólo sonreía cuando mi padre la recibía de buen humor, «¡Ah, qué frescura! ¡Qué belleza!». Y suspirando fingía alcanzar un orgasmo. Le tomaba el pelo porque sabía hasta qué punto un «buenas noches» o un «buenos días» con el tono equivocado podían hundirla en la desesperación.

Después, ella y mi hermano se preparaban para ir al patíbulo. Recorrían juntos parte del camino y yo, que iba en otra dirección, solía darme la vuelta para verlos: él

con la mochila enorme a la espalda, porque su compañero fuerte no llevaba un solo libro, y ella parecía el perchero de su propio vestido, tan grande era su deseo de no existir en ese momento.

Un buen día mi padre dijo: «Nos importa un carajo ese sueldito, ¿verdad? ¡La señora Sevilla Mendoza es pobre, pero es pintora! Y una artista no puede perder el tiempo encerrada en una oficina».

Debo decir que desde entonces no hemos apreciado ningún cambio en nuestra economía. De todas formas, mamá vende un montón de cuadros en las exposiciones; gustan mucho y papá envía el dinero de las ventas al Tercer Mundo, porque en el fondo a nosotros no nos hace falta para nada.

A menudo mi madre se pasa horas asomada a la ventana pincel en mano. Dice que nosotros estamos siempre haciendo otras cosas y así nos perdemos el cielo, o las bandadas de pájaros cuando llegan o emigran. Desde nuestra casa se ven los tejados y los terrados de la marina, cuadrados como el nuestro, con sus flores y sus parrillas para asar pescado los domingos y sus depósitos azules, porque escasea el agua; y mucha gente que siempre está haciendo algún trabajo: impermeabiliza, construye galerías o habitaciones sin permiso municipal, arregla la carpintería de obra, coloca nuevas antenas de televisión. Cuando abuela viene a visitarnos, se asoma, lo observa todo y dice: «¿Habéis visto qué bien les ha quedado la obra a los de allá abajo?»; y mamá se siente contrariada porque abuela jamás ha dedicado un solo elogio a nuestra casa, ni siquiera cuando ha venido al atardecer de muchos días preciosos y más allá del barrio de la Marina el mar del puerto de Cagliari es una acuarela color violeta y el cielo está inmóvil y silencioso y el barco que zarpa parece iluminado como para un baile.

A mamá los barcos que zarpan le dan tristeza y aunque desde ellos nadie le dice adiós, para ella es una separación dolorosa. «Así es la vida —suspira—, siempre hay alguien que se va.»

Mi padre le aconseja que no mire más los barcos que zarpan, y a quién cuernos le importan las puestas de sol de color violeta y las luces del baile, mamá debe asomarse para ver las llegadas. Y de hecho, tras los cristales, siempre le da por sonreír cuando por las mañanas los transbordadores entran en el puerto, y si hace un día despejado y luminoso, parece un lago, así encerrado en el horizonte por las montañas azules de Capoterra, al otro extremo del golfo.

Abuela dice que mi hermano ha heredado lo peor de mamá y de papá, es decir: la incomodidad de ella y la ausencia de él. Papá podría hacer grandes cosas por mi hermano, pero no está. Podría hablarle cara a cara de Dios, y no en general cuando estamos todos, o de cómo afeitarse sin cortarse, o de cómo se aborda a las mujeres. En cambio en su mundo sólo existen Mozart, Bach, Beethoven, que son geniales, pero están muy lejos y requieren partitura.

Para abordar a las chicas a lo mejor hace falta alguna canción de esas que papá

toca con la guitarra en cualquier lugar, rodeado de un montón de mujeres babeando y cantando a coro. Cuando mi hermano está en casa se pasa el tiempo metido en su cuarto tocando y mamá entra y sale con zumos y todas las meriendas sanas con las proporciones adecuadas de carbohidratos, proteínas y vitaminas. Él la echa: «¡Ufff, qué pesada!».

Abuela dice que mamá se casó con un extraño que recorre el mundo haciendo de voluntario para salvar a los hijos de los demás mientras le nacían los suyos. Le importaba poco aquella muchacha embarazada y muerta de miedo, que preguntaba a los médicos si opinaban que parir era más o menos doloroso que las torturas de la Gestapo, o del KGB, o de la CIA. Los médicos le contestaban: «Depende de las torturas, señora, depende. Pero lo que usted debe pensar es que las mujeres paren desde que el mundo es mundo. O sea que es posible».

Las rarezas traen rarezas. Es inevitable. Y otra cosa que abuela no tolera de mi hermano es que las prendas le cuelguen del cuerpo, como a mamá. Los dos son guapísimos, pero no se nota que son guapos porque son torpes y desgarrados, y andan tan encorvados que ni altos parecen.

Mi abuelo era una roca. A los dieciséis años, la edad que tiene ahora mi hermano, iba a marcharse del pueblo para estudiar en la academia militar del Continente. Y se jactaba ante sus compañeros. El día antes de su partida unos cuantos lo esperaron escondidos y le pegaron una paliza. Un montón contra uno. Se marchó igualmente y toda su aventura fue la guerra, que lo encontró allí, preparado, con mucha antelación.

Lo que mamá y yo tenemos en común es que siempre le ponemos miel a todo, en cambio mi tía es brusca y para decir que una persona ha echado a otra dice que «la ha mandado a tomar por saco». A nosotras no nos gustan las maneras de mi tía. A nosotras nos gusta ver el mundo detrás de una capa de miel y papá dice que enfermaremos de diabetes y se nos fastidiará el cerebro. Yo creo que mamá y mi tía son así de distintas por lo que ocurrió al principio. Cuando abuela estaba embarazada de mamá, ella y abuelo vivían con otra pareja para pagar menos de alquiler. La otra señora no conseguía tener niños y le había tomado manía a abuela. Le echaba agua hirviendo a sus flores, le hacía desaparecer los platos del juego bueno, que con el tiempo iba teniendo cada vez menos piezas. Esta historia duró varios años, hasta que mamá empezó a cursar la primaria, y al abuelo no se le podía contar nada, porque una vez que abuela se refirió de pasada al asunto, él fue a enfrentarse al marido de la vecina y por poco lo mata. No quedaba otra solución que callarse y, cuando se podía, comprar otros platos o cultivar otras flores. Lo último que perdieron fue el libro de *Las mil y una noches* que abuela guardaba en un lugar secreto después de haber leído un poco con su niña. Un buen día no lo encontraron más.

En cambio, cuando nació mi tía, la vecina por fin se quedó embarazada y las flores no se marchitaron, ni desaparecieron los platos, ni los libros de cuentos. Además, abuelo se sentía menos nervioso, el campo de concentración quedaba más

lejos todavía y en la mesa mi tía podía tirar al suelo todos los tenedores que le daba la gana sin que se hundiera el mundo.

El nuevo novio de mi tía viene de Sudamérica. Nos quedamos de piedra porque fue mamá quien se lo presentó.

Es un médico del que abuela había oído hablar y al que la obligó a ir para que la examinara pues creía que caminaba torcida porque le dolía la columna vertebral. El doctor empezó a preguntarle a mamá si había tenido enfermedades importantes y también le hizo preguntas sobre su vida.

Ella me contó que pasó una hora distinta de todas las de su existencia y que se sintió como transportada por el hecho de que alguien se interesara de veras por ella, aunque fuera pagando.

Mi tía dijo que el doctor Salevsky había viajado mucho y que había estado en el Cabo de Hornos en barco, como médico de a bordo. Así que nosotras nos pusimos enseguida a leer unos libros y sabemos que por allá el amanecer es rojo y las focas tienen una mirada muy cariñosa y hasta hace poco los cazadores las mataban a palos para quedarse con sus pieles. Sabemos que el novio de mi tía monta a caballo, hace alpinismo, explora grutas, participa en competiciones de moto y bucea a gran profundidad y nos imaginamos a mi tía en las praderas con su hermoso cabello rizado al viento, o recibida en Buenos Aires por nuestros nuevos parientes, cordiales como sólo los sudamericanos saben ser.

Ahora mi tía va a bailar tango y cuando viene a visitarnos nos enseña los pasos y obliga a todos a que le hagan de pareja y papá dice que no tiene personalidad, porque si su novio de turno juega al tenis, ella juega al tenis, si le gusta el cine, ella sólo habla de cine. ¿Cómo se las arreglará ahora con este novio que sabe hacer de todo?

Es la hermana menor de mamá y es una mujer realmente guapa, de esas que todos los hombres, e incluso los jovencitos y las mujeres, se dan vuelta para mirarla cuando la ven pasar por la calle. Lo mejor que pueden decirme es que nos parecemos, aunque sea vagamente. En el sentido de que yo soy gordita y ella es escultural. Tiene el pecho desbordante, y lo enseña en verano y en invierno porque va siempre desarreglada y se le abren los escotes, tiene las piernas largas y cinturita de avispa, mide metro setenta y cinco y su cabello es como una nube negra y suave con la que yo, de niña, jugaba durante horas sin que ella protestara. Fíjate lo que te digo, si nos hubiera hecho un escultor, yo parecería dejada a medias, y ella acabada. Y si nosotras fuéramos las protagonistas de *El patito feo*, lógicamente yo sería el patito feo y mi tía uno de los cisnes buenos y hermosos que vuelan sobre el gallinero, pero el material utilizado es el mismo y eso a mí me enorgullece.

Mi tía siempre se ha dejado hacer de todo por mi hermano y por mí y nos ha dado siempre todos los gustos, pero por mí siente debilidad. Desde que yo era pequeña me llevaba con ella a ver a sus novios y me exhibía con orgullo.

Yo le decía: «¿Y por qué no te casas tú también y tienes niños?».

Y ella: «¡Si Dios quiere!».

Y yo: «¡Dios sí quiere!».

A pesar de ser irresistible, mi tía nunca ha tenido ni marido ni hijos. A veces pienso que nació para hacer de madre a todos y de mujer a todos, y por eso no tiene cosas verdaderamente suyas. No hay nada que pueda compararse a sus buñuelos, o a sus pizzetas, o a los deberes que en un pispás te pone sobre el papel cuando te ve desesperado, o a cómo te explica todos los temas históricos que en tu vida habías logrado entender. Mi tía dice que sus novios se acuestan con ella, se ríen, encaran discusiones importantes y, después, se van. Y yo me pregunto qué es lo que le falta al amor si una se acuesta, se ríe y habla. ¡Papá dice que ella no tiene ni marido ni hijos porque, en contra de lo que yo pensaba cuando era niña, Dios no quiere! Y Dios actúa con una lógica aplastante.

2

El doctor Salevsky

Pero qué quieres que te diga, a mí me parece que con el doctor sudamericano le irá bien. Él ha empezado a venir a casa y mi tía dice que es muy importante que uno le tome cariño a la familia de la novia. A él le gustan las comidas, las flores, los cuentos, los cuadros de mamá. Quería comprarle uno, pero papá le dijo que lo lamentaba mucho pero que ya estaban todos vendidos. A nadie se le ocurre pensar que mamá, embutida en toda esa ropa y torpe como es ella, pueda gustarle a alguien que, como dice mi tía, tiene enjambres de mujeres zumbando a su alrededor y condones por todas partes: en el coche, en el comedor, en el cuarto de baño, además de, claro está, en el dormitorio.

Papá dice que mamá y el doctor argentino fundaron una especie de Sociedad de Socorros Mutuos. Desde hace años él está lejos de su familia y aunque se hablan todos los días, «¡Mamita! ¡Papito!», lo imita papá cuando contesta el móvil, está claro que los echa mucho de menos.

Y se nota que mamá intenta reunir alrededor del doctor a la familia que le falta.

Cuando se pone a hablar con ella, el doctor no se da cuenta siquiera de que el tiempo pasa y a lo mejor después vuelve a llamarla por teléfono y en ocasiones le dice cosas cómicas, porque a veces ella se muere de la risa y hasta saca el pañuelo y después le pregunta si alguna vez ha probado la *fregola* sarda hecha así o asá o la sopa de hinojos y queso como la prepara la abuela, y se la pasan colgados al teléfono venga reírse y venga hablar de recetas, porque entonces es el doctor el que le explica a mamá cómo se prepara el caldo de choclo con ternera y batatas. Pero después, cuando él viene por fin a probar estos platos, ellos dos no comen nada, porque si no pierden tiempo y no pueden hablar. Siempre se dejan la comida intacta en el plato, serían la alegría de cualquier restaurante, si alguna vez fueran juntos.

Juntos recorrieron sólo una parte del camino. Resulta que mamá también tenía que salir y le preguntó si tenía algún problema en bajar con ella. Él casi contestó a gritos: «¿Y qué problema debería tener?». Había entendido que en realidad lo que le estaba preguntando era: «¿Te avergüenzas de mí?».

Mamá regresó emocionada a más no poder porque el doctor había querido que lo acompañara hasta la calle Manno a comprarse ropa de vestir y le había pedido consejo, luego habían entrado en la iglesia de San Antonio donde el doctor se había arrodillado y había rezado, pero después le había confesado a mamá que no estaba para nada seguro de que Dios existiera, mejor dicho, estaba más seguro de que no existe que de que sí. Además, en la placita de San Sepolcro, después del pórtico de San Antonio, él vio todas las pintadas en las paredes y tras persignarse, porque estaba delante de un lugar sagrado, dijo que a quien había hecho todas esas pintadas, se las haría cubrir con sangre y le haría recoger con la boca todos los apelucho que había y

limpiar el suelo con la lengua. Según mamá el doctor lo dijo por decir porque no le haría daño ni a una mosca y a papá aquello le dio cien patadas y no paraba de repetir: «Anda, ha hablado el ojo de lince. El águila, la que todo lo ve y nunca se equivoca. Si no estuviera vuestra madre, no sé yo cómo haríais para defenderos».

Mi hermano se pregunta por qué en nuestra casa, salvo él, todos tenemos la manía de contar nuestras gilipolleces. ¿Por qué mamá no se guardó para ella lo de su paseíto?

Cuando mamá no está, al novio de mi tía parece que le encanta comer, pero no está gordo. Al contrario, es muy guapo: macizo macizo y morenísimo. Hace cuatro generaciones el bisabuelo de su padre emigró de Rusia a la Argentina y se casó con una chica india, es por eso que para ser sudamericano tiene un apellido raro: Salevsky. Doctor Salevsky. Mamá dice que es como si tuviera dos tipos de fisonomías: la del salvaje y la de un militar de la corte del zar. Dice que el color de sus ojos es el del Océano Atlántico y el Pacífico cuando batallan en el Cabo de Hornos, y para ella, que no ha visto nada de todo eso, coincide con su azul preferido cuando pinta. Mamá dice que no está gordo porque su hambre de comida no es otra cosa que nostalgia por su casa y ésa es una nostalgia de la que no pueden curarlo ni siquiera todas las mujeres con las que ha vivido.

Cuando el doctor Salevsky llega para quedarse a comer o cenar, está claro que no quiere ser menos que ella en la Sociedad y, sabiendo cuánto le gusta a mamá cultivar flores, le trae del vivero un montón de plantas, del mismo tono que los colores para pintar que vienen en tubitos, y que mamá le había enseñado entusiasmada.

No hacen nada malo y ninguno de nosotros cree que puedan gustarse, o mejor dicho, que mamá pueda gustarle, tan flaquita y miedosa, con esos vestidos floreados que en verano cuelgan de su cuerpo, y los abrigos de deportada que se pone en invierno.

Mamá debe de haberle contado al doctor que ella nunca ha viajado. Es verdad que papá siempre anda por ahí, pero nunca va con ella. A papá le encanta viajar solo, como misionero, aunque se haya casado, y eso es algo que mamá entiende.

Un día el novio de mi tía llegó con un paquete pesadísimo atado con un lazo rojo como la cara que se le puso a mamá. A ella nunca nadie le regala nada porque dice que los regalos la ponen en un apuro y entonces no los disfruta. En el paquete había esto: *365 días por la Tierra* del fotógrafo Bertrand. Con ese libro mamá puede viajar todos los días a un lugar distinto del mundo. Se ha cuidado muy mucho de no dejar el libro en la estantería, al alcance de todos. Si le pido que viajemos un rato juntas, va a buscarlo a un lugar secreto de su dormitorio y acaricia las páginas con el mismo amor con el que Malospelos acariciaba los pantalones de su padre, el único que lo había querido. Sus gestos, cuando lo hojeamos, me recuerdan los que hacía cuando nos leía cuentos a mi hermano y a mí.

Mi cuento preferido de hoy es un islote del archipiélago de Sulu que no tiene nombre porque sería imposible ponerle uno a las 7.100 islas que forman las Filipinas.

Está perdido en la inmensidad azul y se encuentra muy muy lejos de todas las demás islas que, a su vez, están muy muy lejos de nuestro mundo. Y la foto está tomada desde arriba, tan arriba que el punto de vista no puede ser más que angélico. Antes de viajar a otros lugares, mamá y yo pasamos siempre por el archipiélago de Sulu y acariciamos nuestra idea de la felicidad.

3

Mauro De Cortes

Desde jovencita a mi tía le gustaba el hermano de una amiga: Mauro De Cortes. Pero él ya estaba de novio con otra con la que después se casó. Para consolarla, mamá le decía: «¿Cómo quieres que se interese por ti si ya tiene novia?». Después Mauro se casó, tuvo hijos, se separó, anduvo triste, alguna vez salió con mi tía y sé que hicieron el amor. Mamá le decía: «¡Iría en serio contigo si no fuera porque está tan triste!».

Pero después Mauro volvió a echarse novia, a casarse, a tener más hijos y a separarse otra vez, y de todos modos él a mi tía nunca la tuvo seriamente en cuenta.

La historia dice que nosotros, los sardos, no somos marineros, que nos retiramos al interior por miedo a los sarracenos, que en el fondo podíamos construir una flota y hacerles frente en lugar de huir a las montañas.

Basta con fijarse en mi madre. A pesar de que abuelo era un hombre al que le encantaban el mar y la playa, ella sólo se mete donde hace pie y se mueve como una loca sin avanzar nada. Cuando vamos a la playa papá nunca viene con nosotros. Ni siquiera cuando éramos pequeños, algo que todos los padres hacen.

—Es que vosotros sois unos exagerados con lo del mar de Cerdeña. Eso es porque no habéis visto mundo. ¡Además, a la playa hay que ir como digo yo! —dice.

—¿Y cómo dices tú?

Se burla porque vamos a la playa del Poetto cargados con toallas y cremas o cuando está llena de gente. Y citando la Biblia predica que él no va a Sodoma y Gomorra, con toda esa carne humana exhibiéndose en los chiringuitos. Entonces, cuando tiene la certeza de que no estamos, ni nosotros ni nadie, por ejemplo cuando el maestral sopla a ciento ochenta por hora, o llueve, o es lunes, entonces lo vemos regresar con los zapatos llenos de arena y la ropa impregnada de sal.

—¿Fuiste a la playa?

—¡Claro! —y te mira de arriba abajo, con una indiferencia esnob.

—Quizá tenga razón. Quizá hoy se estaba mejor que los demás días —dice mamá.

Pero nadie puede saberlo, porque no había nadie.

Con él tampoco voy nunca a la playa, pero si decidimos que es verano, lo espero tendida en la cama con el traje de baño puesto, y no importa si la estufa nos hace de sol y el mar se encuentra detrás de las ventanas.

«Tú debes ser una persona con espíritu contemplativo —me dice—, de esas que se conforman con mirar el mar y nada más y si el agua no está caliente no se bañan.»

Entonces pienso que a abuelo, cuando estaba prisionero, lo obligaban siempre a ducharse con agua fría, en invierno, en Alemania, y digo que si él lo aguantó, yo

también puedo aguantarlo. Así, en traje de baño, corro descalza por el pasillo, me meto debajo del agua fría y lo llamo, para que vea qué fuerte y resistente soy.

En cambio, Mauro De Cortes es de los que no sólo va a la playa, sino que además navega. Tiene un velero, fondeado en el puerto de Su Siccu, que comparte con su novia. Un día cuando iba a casa de abuela que vive por ahí cerca, me encontré con ellos y dije que me gustaría verlos zarpar. La gente de mar se saludaba y después hacía comentarios sobre el viento, o sobre algún problema de las embarcaciones y aunque los tenía a todos delante me dio la impresión de que estaban ya lejos, en el infinito. La novia de Mauro cruzó de un salto «ese abismo horrendo e inmenso», tan similar a la muerte, que separa el muelle de la plancha de las embarcaciones, quitó las defensas, los cabos de amarre y se puso al timón, sonriente y tranquila, mientras Mauro me saludaba y decía que yo también debería probarlo. Después se fueron alejando cada vez más hasta desaparecer. Mi tía ha decidido que ella también hará un curso de vela, por si algún día se pone de novia con De Cortes. Pero la pobrecita vomita hasta el alma en cuanto el mar se mueve un poco.

4

Él

A veces lo hacemos en el coche. Uno de esos jeeps americanos del ejército de liberación.

«Es como estar en un helicóptero que vuela bajito —dice—, pero puedes mirar a tu alrededor, encima de los techos de los otros coches, a la altura de las farolas. Nadie te ve. No se les ocurre levantar la vista hacia ti, que también vuelas bajito, aunque un poco más alto que ellos.»

Después me da instrucciones. Dice que si quiero que ningún hombre se me resista, incluso aquel del que voy a enamorarme, o sea, que si quiero convertirme en un cisne, en la cama tengo que ser una puta, y no soltar enseguida la historia de mi vida, y sobre todo, debo aprender que en el mundo hay de todo y que tengo que aguantar el mayor número posible de cosas. Por eso quiere que me desnude despacio, como una profesional, con el coche en marcha. Por eso me azota, o me pone de rodillas para que lo haga gozar, y al día siguiente se cruza conmigo adrede y ni siquiera me saluda, o bien se pasa un montón de días sin dar señales de vida. Tengo que aguantar incluso las torturas psicológicas.

Dice además que es imprescindible que me recoja el pelo y que adelgace y que si en la próxima cita se me vuelve a caer el mechón sobre los ojos, y no peso como mínimo un kilo menos, lo notará porque tendré las mejillas y el trasero gordos, me echará sin follarme o me dará unos azotes en el culo, o me demostrará lo que son los golpes de cepillo.

Eso sí, yo tampoco me tengo que ablandar y debo aprender a darle órdenes. Cuando nos separamos, suele regalarme los instrumentos de tortura que utilizamos, un látigo de cuero, o una vara japonesa, o el cepillo plano, o los trajes de puta que ha traído para que me quitara de encima mis pichis. Yo me siento feliz y no quisiera chocolatinas, ni anillos ni peluches. Sólo esto. Y adelgazo y llevo el pelo siempre bien peinado y escondo los disfraces en el fondo de mis cajones, envueltos en papel para que conserven más tiempo su olor.

Un día, después de hacer el amor, me besó en la frente. Se quedó así, sin despegar los labios, apretándome la cabeza entre sus manos. En silencio. Entonces nos emocionamos.

Nos habíamos dado cien latigazos cada uno sin pestañear y ahora llorábamos.

Una vez me resbalé, porque cuando salimos siempre es noche cerrada. Me hice un poco de daño en un tobillo, nada importante. Cargó conmigo a la espalda toda la cuesta, en medio del monte perfumado y el canto de los grillos.

Yo decía: «Pero si no es nada. Si no es nada. Se te va a romper la espalda».

Pero no me hizo ni caso y así llegamos al coche. Entonces me depositó con delicadeza en el asiento, como si yo fuera de cristal.

Ése fue el único beso. Porque abrazos y besos en la boca no recibí nunca, y cuando intento dárselos, él se aparta de golpe y dice que en nuestra historia estas cosas no entran. Que son propias de gente babosa y coñazo.

Lo cierto es que a mí me gustaría muchísimo los besos en la boca y me darían mucha más satisfacción que besos en los pies, o en los zapatos, por los que él siente una especie de veneración.

5

El Dios de mi padre

Un día le pregunté a mi padre, que lo sabe todo sobre las Sagradas Escrituras, si en su opinión el sexto mandamiento quiere decir que no hay que hacer nada si no estás casado.

Cuando se da cuenta de que necesitas que te escuche, se sienta a la mesa de la cocina, enciende un cigarrillo, estira las piernas hasta la silla más alejada y ves sus pies asomar por la otra punta de la mesa, porque es muy alto. Alto y desgarbado. Con el pelo cortado al cero y las mejillas hirsutas, porque se olvida de afeitarse. Y dos ojos extraordinariamente brillantes, de un verde oscuro como el de las grutas. Los jerseys, siempre sobre la piel, porque no lleva camisas, le dan un aire rudo, salvaje, de bárbaro, o de hombre del desierto.

Mientras tú le dices lo que le tienes que decir, él te ahúma toda y las colillas van formando una montaña en el cenicero.

Pero no me importa si me lloran los ojos. Con el mentón apoyado en la mesa, abrazándome con fuerza las rodillas, ni siquiera cambio de postura, para no perderme ni las comas, como dice abuela, y cuando estas charlas terminan estoy completamente entumecida.

Aquella vez del sexto mandamiento, mi padre me soltó un sermón inolvidable sobre el amor.

El encuentro sexual es reconocerse de verdad y después hacer de todo, siempre y cuando el otro no se convierta en tu instrumento. «El acto sexual —dijo—, es una especie de apoteosis del encuentro. Una acogida total. Y este mandamiento es sumamente poético. Dice que la sexualidad te abre la puerta del momento mágico. Lo que Dios no te aconseja es que lo hagas sin amor. Es como si te dijera: “Recuerda que eres un águila, ¿por qué has de picotear como una gallina? ¿Por qué te conformas con poco?”.»

Aquella vez me resultó difícil no contarle al menos una de mis historias, no decirle que son terriblemente prohibidas si las cuenta una muchacha respetable y tan joven, pero son historias de amor y quizá por eso no disgustan a Dios.

Por lo demás, papá siempre está en otra parte y no resulta demasiado difícil ocultarle las cosas.

Si necesitas que vaya a la reunión con los profesores, si mamá invita a alguien a cenar, o si hay una exposición de sus cuadros, en una palabra, si es preciso que se note que hay un padre, o un marido, él te dice: «¡Yo no estoy hecho para estas cosas!».

Quizá sea mejor que el señor Sevilla Mendoza no se deje ver, porque todas las mujeres se quedan embelesadas y me daría mucha vergüenza ver delirar a mis

profesoras, como ocurrió aquella vez, la única, cuando yo hacía cuarto año en el instituto, o aquella noche en una exposición de mamá, cuando «la embelesada» se quedó pendiente de los labios de mi padre hasta que todo el mundo ya se había ido y compró dos cuadros sin haberlos mirado siquiera.

También a su taller acuden siempre muchas mujeres. Se sienten fatalmente atraídas por este hombre que mientras arregla el motor te habla de Dios, del mal, del bien, de lugares lejanos donde la gente se muere de hambre y hay unas arañas así de grandes. Pero se nota que con él esas mujeres irían adonde fuese.

Yo lo presencié una sola vez cuando se me averió la vespa, pero me di cuenta de que la misma escena debía de repetirse muy a menudo.

El señor Sevilla Mendoza estaba inclinado sobre el motor, las manos espléndidas, como las de mi hermano al piano, se afanaban con poderes taumatúrgicos en la misteriosa avería. Una señora daba vueltas a su alrededor y se reía con todas sus ocurrencias. Aunque es prácticamente imposible no reírse con las ocurrencias de mi padre, me fui andando tristemente a mi casa, y con tal de no seguir allí ni un minuto más le dejé la vespa.

Sabía a la perfección que al cabo de un rato le habría pedido permiso a la señora para fumarse un cigarrillo y se habría ido a sentar a la mesa de las herramientas y que sus pies habrían asomado por el otro extremo y que cuando las colillas hubiesen formado una montaña en el cenicero, la señora habría pensado, y quizá también insinuado, que con aquel bárbaro, con aquel hombre del desierto, se habría ido de verdad adonde fuese.

«Pero, papá, ¿a ti te gustan todas esas mujeres?»

Entonces me explicó algo fascinante. Me dijo que él, en la vida, encuentra eróticas una gran cantidad de cosas. Hasta una charla, por ejemplo. Y que yo no debía pensar que le faltaba el respeto a mamá.

«Es algo así como aprender a usar también la mano izquierda. ¿Qué tiene de malo? Experimento.»

Por lo demás, ¿qué más queremos de él? Trabaja todo el día y así permite que mamá no lo haga. Cuando hay un problema, él le da la vuelta con una broma, te hace reír. Sabe contarte cuentos, sabe convencerte de que Dios existe.

—Entonces a ti esas mujeres no te interesan. A la única que quieres de verdad es a mamá —concluí yo aquella vez.

—Ya te he dicho que a mí todo me interesa. De todas maneras, la mujer con la que me iría gustosamente a América nunca ha llegado.

6

El tango

El novio de mi tía también hace bailar el tango a mamá. Ella aparta todas las sillas del comedor, pero busca pretextos. No sé hacer nada. No sé hacer nada. Tengo que cambiarme los zapatos. No tengo zapatos. Nunca he sabido bailar. No sé bailar. Estoy bien aquí sentada. Me caigo. Ya sabéis que me caigo. Bailad vosotros que yo os miro. A mí me gusta ver bailar a los que saben.

Pero el novio de mi tía le dice que es fácil y que todos pueden conseguirlo. Él es un médico que se ocupa del movimiento y dice que hasta los enfermos graves pueden llegar a caminar, imagínate tú entonces si mamá no consigue bailar. Ella tiene que ponerle una mano en el hombro, coger la otra en la suya y dejarse llevar. Ligeramente. Ella no sabe dónde la llevará él. Debe confiar.

El tango empieza y mamá le da la mano mirándolo aterrada y parece que se hubiera bañado en almidón, pero eso de que hasta los enfermos graves pueden conseguirlo la ha convencido. Él le sonrío. Le sonrío y baila con ella como si supiera lo de las pinzas amarillas y lo de los sueños de los campos de exterminio. Como si supiera lo de las vacaciones en otoño y lo de la luna en cuadratura. Le mueve los pies con sus pies, las piernas con sus piernas. Los pasos básicos, pero cada vez más deprisa. Más deprisa. Gracias. Gracias. Para qué perder tanto tiempo conmigo. Pero el doctor Salevsky es realmente un tanto especial y al final te abandonas a ese deseo, a esa nostalgia de la vida que es el tango.

Y mamá también enlaza un paso tras otro y a fuerza de ochos llega hasta el Cabo de Hornos. Hasta América. Hasta el fin del mundo. Y no importa si tropieza o se cae hacia atrás, no importa porque el novio de mi tía te hace entender que no debes pensar que la felicidad es posible sólo para los demás, sino que puede ser tuya si lo intentas. ¡Qué milonga! ¡Qué vals! Y cuando él viene, basta un solo gesto suyo para que ella aparte las sillas y corra a quitarse las zapatillas. Deja ya esas cenizas, mamá, te espera el salón del Rey. Deja ya esos vestidos que cuelgan de tu cuerpo. ¡Boleo!

Mi tía dice que es mejor bailar en nuestro comedor, porque cuando va con su novio a las salas de baile de verdad tiene como la impresión de que todas las mujeres entablan, han entablado, o tienen la intención de entablar relaciones amorosas con él y lo miran desconsoladas, o nostálgicas, o depredadoras. Y parece como si no supieran que ella y él son novios y que, paciencia, las otras no tienen nada que hacer.

Mamá le dice a papá que si aprendiera por lo menos los ocho pasos básicos, de vez en cuando en el comedor podría haber dos parejas. Papá le hace morisquetas llevándose la punta del pulgar a la nariz y luego le explica seriamente que el tango no es cosa para él. Que él se ocupa de sus cosas y no de las de los demás.

Abuela nos confesó que cuando el abuelo estaba en la Marina, era el mejor bailarín de tango de toda la tripulación y que entre sus brazos daba la sensación de

estar realmente volando al fin del mundo. Pero esos eran otros tangos y no había mujeres desconsoladas, o nostálgicas, o depredadoras. Sólo estaba abuela.

El Dios de mi madre

Una vez mamá me confió que ella no está realmente segura de que Jesucristo sea Dios. Tal vez Jesucristo era una criatura maravillosa parecida al Dios que todos nosotros amaríamos perdidamente. Pero tal vez no era más que un hombre. Por eso, en Semana Santa siempre está muy triste. Y si le preguntamos por qué se atormenta de ese modo, total Jesucristo es Dios y ha resucitado, ella te dice que no está segura. Que a lo mejor se ha muerto y nada más.

Casi nunca va a la iglesia, y no porque, según dice, Dios no esté o porque ella esté enfadada con él, o porque le reproche algo. Lo que pasa es que cree que ella a Dios le resulta indiferente, en el sentido de que a Dios le da igual que ella esté o no esté en la iglesia.

Una vez le pregunté a mi amor si creía que Dios existe.

—No lo sé —contestó—. Por su bien espero que no. De lo contrario sería un estúpido, o algo peor. Un Dios así, como ese que demuestra ser, no se merece nada de nosotros.

—A lo mejor somos nosotros los que no nos merecemos nada.

—Peor para él que nos hizo de pis y mierda.

—¿Y todas las cosas y las personas maravillosas que existen?

—Eso será porque tú las ves así. Yo por ahí no veo más que cabrones asquerosos.

8

Nuestro jardín

El jardín de mamá no es un jardín propiamente dicho, sino la azotea que sirve de techo a nuestro edificio. Tenían que levantar allí un apartamento, pero el constructor quebró poco después de la guerra y al final no hicieron nada. Los vecinos instalaron allí las antenas de televisión y en los viejos tiempos subíamos a tender. Cuando dejaron de tender se convirtió en una especie de trastero donde todos dejaban las cosas que no servían, pero que no tenían ganas de bajar a tirar. Una especie de cubo de basura desde el cual, eso sí, se disfruta de la vista, allá arriba, del Edificio Boyle, del Bastión de San Remy con sus palmeras al viento y, más arriba, de la Torre del Elefante. Al sur, en cambio, el mar, los barcos, hasta las montañas de Capoterra, que son nuestro último horizonte.

Día tras día mamá trató de darle dignidad. El material de desecho adquirió nuevos colores y nuevas funciones. Hicieron falta años para comprender que allí, donde sopla demasiado el siroco, pueden crecer el mirto y el lentisco, que debajo del banco aguantan hasta las violetas y las rosas, que parecen frágiles, desafían al sol ardiente y al maestral a poco que tengan una pared a sus espaldas. Hicieron falta años de respetar los horarios y de tener en cuenta los ciclos lunares. Gracias a toda la dulzura y la paciencia de mamá, el trastero de allá arriba se convirtió en un paraíso de delicias. Un sueño de felicidad y belleza que ella protege para todos nosotros de la violencia y el desorden del mundo y nos hace más ricos. Me he dado cuenta de que todos los vecinos del edificio, cuando tienen visitas, no dejan de llevarlas a dar un paseo por allá arriba, para provocar su asombro, para colmar la frustración de vivir en una casa tan modesta. Incluso en la calle, a veces hay quien se detiene con la nariz en alto a admirar la cascada de glicinas que llega hasta el portón.

Y no es que las flores de mamá no enfermen o se mueran. Muchas se rindieron al viento que es el que manda, o a las altas temperaturas, o a las cacas de las gaviotas y las palomas. Mamá las llora, y después en las macetas vacías planta otra cosa. Es así desde que éramos niños. Los años de la hiedra, los años de los rosales silvestres, los de la buganvilla: la azotea tiene su historia.

Ella, con lo flaquita que es, sube las escaleras acarreando los sacos de tierra, los esquejes nuevos o las semillas y trabaja allá arriba durante horas y horas y baja trastornada por la fatiga, pero ese pedacito de mundo es tan naturalmente hermoso que parece haberse hecho solo. Un regalo para todos.

Abuela le ha tomado manía a la terraza, se enoja porque, según ella, mamá trabaja inútilmente, por algo que ni siquiera es suyo. Si trabajara en serio y en la familia entraran dos sueldos podríamos comprarnos una casa nueva. Con otro sueldo más ya verías tú cómo pagábamos una hipoteca.

Abuela tiene razón, pero cómo me gusta subir a ver los barcos que, enmarcados

por guirnaldas de flores perfumadas, atracan y zarpan sobre el agua al son de *Clair de lune* de Debussy, que mi hermano está preparando en el piano para su examen.

Y cómo me disgusta cuando se ve que una planta está luchando, pero no lo conseguirá y a mamá la embargará el desconsuelo y mi tía querrá mandar a tomar por saco la glicina, o el jazmín y todas las plantas que decidan irse.

9

Mujeres blancas y mujeres negras

«Hoy tienes que ser verdaderamente dura, una mujer negra. Tienes que ponerte el traje de tela áspera que te he traído. Ya ves que es bien escotado para que te luzcan las tetas. Me gustan tus tetas pesadas, contrastan con el busto infantil. Me enseñarás cómo sobresalen tus pechos por el escote. Te subirás la falda. Pero yo tendré las manos atadas y no podré tocarte. Tienes que ser cruel: primero he de recibir cien azotes para merecer el premio de follarte.»

Para él el planeta entero está lleno de cabrones. «El muy hijo de puta de...» «El mamonazo de...»

Pero a pesar de su pésima visión del mundo nunca me pone triste. En eso es especial. Me quedo en una habitación cerrada con la puerta atrancada y es como si estuviera al aire libre. A lo mejor es porque sé que si sigo las instrucciones, las reglas, él no me dejará. Y si un día consigo sentarme a la mesa y comerme sus excrementos, entonces me jura que me querrá incluso cuando sea vieja. Para siempre.

Cuando puedo recibirlo en casa, porque mamá se pasa horas y horas paseando por la ciudad en busca de panoramas y después me telefonea para que vaya a buscarla con el ciclomotor, él también me da instrucciones sobre cómo cocinar y algo que me gusta muchísimo es la idea de echar los espaguetis en forma de corona dentro de la olla para moverlos después hacia el centro, así no se pegan.

O también vamos al lugar donde trabaja. Cruzamos los pasillos oscuros con indicadores luminosos, como de ciencia ficción, y los bips de los robots. Llegamos a su cuarto y cerramos con llave, totalmente a oscuras. «Arrodíllate y hazme una mamada.»

10

Se acabó el tango

Se acabó el tango. Desde que el novio de mi tía no ha vuelto a aparecer, mamá se pasa el día escuchando una y otra vez sus valsos y sus milongas y llorando mientras plancha.

A mi tía le quedó una expresión en la cara que a mí me recuerda la de las focas asesinadas a palos por los cazadores, allá en el Cabo de Hornos. Y siento el olor a sangre. Y el hielo.

Uno piensa que si fuera al Cabo de Hornos, y se sentara al borde de un acantilado, y viera los dos océanos batallando, su vida sería completamente distinta. Pero me parece a mí que en todas partes cuecen habas.

11

El Dios de mi abuela

Mi abuela dice que existe Dios, el verdadero. Y después otro Dios: el Dios de mi padre.

Papá y mi abuela no se aprueban. Abuela dice que jamás ha soportado a la gente que no se ocupa de su propia familia y pretende salvar el mundo. En estos casos, mi tía defiende a papá y le dice a abuela que Goebbels fue un padre y un marido afectuoso, y sin embargo era un criminal nazi, y lo mismo pasa con muchos mañosos, mientras que Gandhi era ese que todos conocemos y abandonó a su mujer.

Abuela le pregunta a mamá:

—¿Estaba tu marido? —y la respuesta siempre es no.

Después le dice a papá:

—¿Es que no te planteas qué pensará la gente? Tu mujer, tus hijos siempre solos. ¡Creerán que eres una invención!

—¿Qué gente? —le contesta mi padre—. ¿Quién es esa gente? A lo mejor es alguien que me llama por teléfono y me dice: «Oiga, soy la Gente, ¿qué tal estás?».

Con papá ni siquiera abuela puede dejar de reírse y rezonga porque dice que a él se le da estupendamente darle la vuelta a la tortilla.

Después va a ver a mi hermano y le dice que, si quisiera, podría hacer que papá cambiara, que muchos hijos consiguieron transformar a hombres desinteresados y ausentes en padres amorosos. Un niño, nieto de una amiga suya, hizo que sus padres separados se reconciliaran. «¡Papá, vuelve a casa!», imploraba con los ojos llenos de lágrimas. Imagínate entonces si un muchacho grande como mi hermano, hablándole de hombre a hombre, no tendría de su parte toda la fuerza de persuasión para convencer a nuestro padre de que asistiera a las reuniones con los profesores, para que se dejara ver de vez en cuando por nuestros amigos, para que viajara con su familia a algún lugar bonito y no siempre solo a lugares pobres y asquerosos que están en el quinto pino.

El resultado es que mi hermano, cuando abuela dice que viene a visitarnos para hablar de cosas importantes, se encierra en su cuarto a tocar y si llamamos a la puerta grita: «¡Ahora no, que estoy con un pasaje difícil!».

Pero cuando mi padre está, está y de qué manera. Toca canciones alegres con la guitarra inventándose la letra sobre la base musical y aquella vez en que en lugar de «Then she lit up a candle» cantó «Un chinito pecando» hubo quien se cayó de la silla de tanto reírse. Los invitados se marchan divertidos y creen que él es muy amigo de ellos, pero después vuelven y ya no lo encuentran.

Quedamos nosotros, los otros Sevilla Mendoza, para agasajarlos. Pero mamá dice que no es lo mismo y que si papá no está, lo mejor es no organizar nada. Y como nunca está, al final siempre decidimos no hacer nada.

Mauro De Cortes es como el mar

Hay un solo hombre respecto al cual no he oído nunca a mi tía usar expresiones como «A tomar por saco» o «¿A ése quién lo conoce?»: Mauro De Cortes. Y me he dado cuenta de que este Mauro se parece al mar, que está ahí como el mar, así sin más, con naturalidad. Transparente y tranquilo, cuando está transparente y tranquilo, o bien embravecido, cuando está embravecido. Si quieres nadar en él, si lo quieres mirar desde lejos, si no quieres saber nada de él, es asunto tuyo. Él te acoge, pero puede muy bien pasar sin ti.

Tiene todo lo que a nosotros nos falta: la naturaleza y la fuerza de existir.

En el mundo de Mauro De Cortes tiene sentido cultivar flores o aprender a preparar pastelitos. Y sobre todo se puede tener esperanza.

Si dejamos de lado todos sus novios, la vida de mi tía es triste. A veces viene a nuestra casa desarmada. No critica nada de lo que mamá cocina y dice: «No como desde la última vez que encontré a alguien con quien comer. He perdido la cuenta de los días».

Cuando se va está algo más contenta y le dice a mamá: «Gracias».

A lo mejor el nuevo novio de mi tía es el definitivo. Cuando lo invitamos a comer, en la mesa él la cogía de la mano y nos daba a entender a todos que están juntos, mientras que el doctor Salevsky con nosotros delante no le tocaba ni un pelo. Es simpático y va a correr, así que mi tía también va a correr temprano por la mañana. Porque dice que pese a lo que papá pueda pensar, la lógica indica que los políticos se juntan con las políticas, los regatistas con las regatistas, los bailarines con las bailarinas, como en el arca de Noé, se entra en pareja, y si no lo hace así, ella no puede formar pareja con nadie. No nos lo dijimos claramente, pero estoy segura de que todos pensamos lo mismo, o sea, que esta vez Dios quiere. Pero papá dice que lo que está claro es que a mi tía hay algo que no le funciona, puesto que ella no consigue estar con sus amantes más de una o dos horas y después de hacer el amor, de alguna charla agradable y de comentar los últimos acontecimientos mundiales, siente que es hora de marcharse, o ellos se lo dan a entender: que ya no se puede quedar.

Todos los días mamá reza el rosario por ella y tiene en cuenta la posición de los astros. Entiendo que Saturno es el más peligroso, si lo tienes en contra no te queda otra que rezar. Pero tengo la impresión de que mamá cree que ni siquiera Dios puede hacer nada contra este planeta porque también forma parte de la Creación y Dios lo deja hacer.

Todos los días, antes de salir con su novio, mi tía llama por teléfono y se informa de la situación astrológica y se asegura de que mamá se mantiene en guardia con el rosario en la mano mientras ella sale.

Hace poco recorrí con Mauro De Cortes parte del camino y noté que pasa debajo

de las escaleras y que los gatos negros le traen sin cuidado, y que no se toca ahí cuando pasa un coche fúnebre. Sé que utilizaría pinzas amarillas para tender su ropa sin ningún problema. En un momento dado me habló de un problema que tenía y que no sabía cómo iba a acabar y yo le dije:

—Quédate tranquilo, le pediré a mamá y a mi tía que recen un rosario por ti, o que consulten la posición de los astros.

Él me miró entre divertido y asustado.

—¡Ni se os ocurra, por favor! ¡Ya me encargo yo, incluso de rezar!

—¿Y Saturno? —le pregunté—. ¿Si está mal prospectado qué vas a hacer?

—¡Le pego un tiro! —y miró al cielo apuntando con una escopeta imaginaria.

Mi tía me ha confesado que se acostó con él incluso cuando estaba con otros novios y que había sido divino. Y que lo que más le había llamado la atención es que Mauro hace el amor como todo lo demás: con naturalidad y fuerza. Te mira de arriba abajo después de encenderse un cigarrillo y tú sientes que el deseo hace que se te ponga la carne de gallina. Y para excitarse no le hace falta para nada que lleves ropa interior rebuscada, te desnuda por completo sin fijarse siquiera en la ropa nueva. O te deja toda la ropa puesta y se limita a subirte la falda antes de ponerse a ello.

Si volviera a nacer y me dieran la posibilidad de elegir con quién casarme y tener hijos y compartir mi vida, seguramente yo también elegiría a Mauro De Cortes.

No es que sea la mar de guapo o fascinante o inteligente o cosas por el estilo, pero a Dios le ha salido mejor que ninguna otra persona que conozco y me parece que él le da a su Creador una satisfacción justa. No porque haga cosas muy grandes, claro está, porque Mauro trabaja en una oficina aburridísima desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco de la tarde, se toma un plato de pasta en el comedor de la empresa, vuelve a casa y tarda un montón en encontrar aparcamiento y le dan las siete de la tarde. A mi modo de ver, a lo largo del día, a Dios lo satisface de esta manera: por ejemplo, me contó que él por la mañana nunca va directamente a la oficina, sino que va a Calamosca. Aparca el coche y se hace a la carrera la avenida que lleva a la playa. Cuando llega, si es invierno, ya empieza a clarear, y si es verano, el mar resplandece y siempre reina un silencio perfecto. Entonces Mauro se va al bar del hotel, se toma un café capuchino con pastas recién horneadas, escucha las noticias por la radio y el parte meteorológico, y después de eso comienza su aburrida jornada laboral que, según él, es útil, como todos los trabajos que no sean robar, o matar, o destrozar el medioambiente. O bien si decide no desayunar, va corriendo hasta el final de la costa a la izquierda, debajo de la Sella del Diavolo. Allí está el vivero de peces y disfruta de una vista completamente ligur, porque los agaves florecen en las cimas y el mar es transparente, pero verde botella y con grandes peñascos que forman un paisaje montañoso submarino habitado por grandes bancos de peces.

Siempre he considerado a los que corren como unos tontorrones que se despiertan dos horas antes para hacer algo que no tiene ningún sentido, pero desde que sé que Mauro lo hace, me parece que no tiene nada de estúpido y creo que antes de ir al

colegio yo también voy a dejar la vespa al comienzo de la avenida.

Después, a la salida de la oficina, Mauro se va para el puerto a ver su velero y a hacer lo que tenga que hacer para que el sábado y el domingo esté listo; y si tiene novias, hijos, amigos con los que salir, bien, si no, él solo se va tan tranquilo en dirección a Villasimius, o a Chia, según sople el viento, y se divierte un montón.

Pues eso: que yo creo que a Dios le produce una gran satisfacción esta forma de hacer las cosas que tiene Mauro.

El mundo es feo

Hemos convencido a mamá para que vaya al hospital. No come. Dice en broma que hace huelga de hambre para protestar contra todo lo feo que hay en el mundo. Por ejemplo, mi hermano que no se defiende, o el novio de mi tía, el del *jogging*, que la traicionó con una fea a más no poder y mi tía dijo: «¿A ése quién lo conoce? ¡Que se vaya a tomar por saco!».

Mamá lo dice restándole importancia, para no cargar el ambiente, pero lo cierto es que ya no consigue tragar nada. Dice que donde antes notaba el hambre ahora nota una piedra. El ex novio de mi tía, el doctor sudamericano, se llevó un disgusto cuando telefoneó para preguntar cómo estábamos y le conté lo de mamá. Se enfadó porque no teníamos que haberla llevado al hospital. Teníamos que comprar carne de caballo y obligarla a tomar el jugo y a dar paseos, porque se pasa demasiado tiempo sin moverse contemplando el paisaje y pintando.

Tiene razón porque la jornada de mamá se organiza como en las pesadillas de las niñas: por la mañana forma fila para lavarse, después espera que la llamen para las pruebas, que por desgracia son muy dolorosas, algunas una auténtica tortura.

Cuando voy al hospital la encuentro sentada en la cama perfectamente hecha. Estira las piernas y mientras habla se mira los zapatos nuevos perfectamente a tono con el vestido y la maletita con sus cosas. Su mesita de noche es la más admirada por sus compañeras del hospital, porque ellas en la mesita de noche tienen los pañuelos de papel, la botella de agua y alguna revista femenina. Pero mamá tiene una carpeta azul donde guarda los bocetos de paisajes y la caja de madera con los colores. Para beber tiene su verdó antiguo de cristal fino.

Cuando él viene a casa, le enseño con orgullo los objetos de mamá, pero no le gustan y dice que son cursilerías.

Una vez papá dijo que el único escándalo es hacer desaparecer a Dios de nuestro vocabulario y de nuestras acciones. En mi historia no hay escándalo.

Sólo estoy aprendiendo a resistir. Incluso al deseo. Él me hizo un cinturón de castidad con una cuerda de marinero. Una parte de la cuerda me ciñe la cintura y la otra me roza ligeramente el coño. Cuando me muevo es como si él me rozara con los dedos. Tengo instrucciones de ir así incluso al colegio, hasta que él decida follarme. Y tampoco puedo masturbarme, sino que debo ejercitarme en la paciencia y la incertidumbre, porque podría no follarme nunca más.

Mis amigas piensan que es raro que nunca me eche novio, después de haber mejorado tanto, sin el mechón despeinado sobre los ojos, y de haber adelgazado, y cuando vamos en pandilla a la pizzería y las parejitas se besan, reconozco que es difícil.

Entonces me encierro en el lavabo y rozo la cuerda que me ata y me atormenta.

Me subo la falda y miro en el espejo todos los cardenales que llevo en el trasero. Pienso que tengo mi secreto y me consuelo.

Una vez le pregunté:

—¿Me tratas tan mal porque yo también soy una cabrona, una hija de puta?

—No. Es porque te quiero. La mayor prueba de amor que puede ofrecerse a un ser humano es matarlo.

El mar de postal

Un día descubrí que papá vende los cuadros de mamá a sus amantes de una noche y las obliga a hacer donaciones a su causa humanitaria del momento en el Tercer Mundo. Compran sin pestañear. Le grité: «¡Me das asco!». Y no lo pensaba en serio.

«¿Pero qué queréis de mí? —se puso a gritar él también—. Tu madre pudo dejar de trabajar para dedicarse a la gradación de colores. El dinero de sus cuadros da de comer a decenas de hambrientos. Ella se ha creído que es pintora. Me pasé años viendo su cielo amenazante y tratando de hacerla reír. ¿Os habéis preguntado alguna vez si yo me divertía? Siempre salíais del paso con eso de “Papá es un tipo raro”. ¡Tipo raro y una mierda!»

Mamá colecciona postales. Nuestras preferidas son la de Punta Is Molentis y la larga serie sobre las playas de Chia. Pero aunque estén aquí cerca no podemos ir porque no conocemos el camino.

Pensamos en cómo serán la retama de los arrecifes o los alhelíes silvestres con el mar como telón de fondo. O esos tonos amarillos y violeta aterciopelados y musgosos en medio del silencio. Cómo será atracar en un pequeño muelle de madera y recorrer el sendero hasta el faro, con ese haz de luz que pasa y vuelve a pasar tocándote como una caricia las heridas.

Y son todas cosas que Dios ha hecho para nosotros, para que las disfrutemos.

Abuela hubiera preferido a Mauro De Cortes

Mi tía ha dicho que no entiende cómo se las arregla Mauro para tener casas cada vez más pobres y cada vez más bonitas. Porque él, que se ha casado dos veces y ha tenido hijos de la primera y de la segunda mujer, después de separarse siempre se vio obligado a apretarse el cinturón para mantenerlos lo mejor posible. Y con sus novias siempre compartió casa y fue él quien se marchó y se las arregló después de dejarles todas sus cosas. Sus casas cada vez más pequeñas han hecho de él un hombre cada vez más grande y mi tía dice que no es que posea nada del otro mundo, sino que las cosas que tiene funcionan todas a la perfección: los edredones de invierno calientan, las cacerolas tienen la tapadera a juego, de ésas con agujeros, por ejemplo, y las comidas le quedan perfectas. Ella nos lo cuenta maravillada y mamá se apresura a copiarlo todo, pero nosotras no encontramos edredones que calienten sin que nos cuesten una fortuna y tampoco tapaderas que tapen las cacerolas sin que el agua se salga cuando hierve. Hablando de la casa de Mauro, mi tía dijo que una vez, después de las reflexiones sobre los últimos acontecimientos mundiales y del sexo, se durmió en la cama de Mauro y se le olvidó que después de una o dos horas es mejor que se vaya y que él debería haberla despertado y echado a la fuerza porque tenía que salir.

Abuela dice que Mauro no toma en consideración a mi tía, aunque seguramente le guste muchísimo, porque ella tiene muchas aventuras amorosas y él, a pesar de sus dos mujeres y de las novias con las que ha convivido, es un hombre recto, es decir, cuando hace una cosa, la hace de verdad y la suya es una inestabilidad sentimental distinta. Pero mi tía dice que no es así, que Mauro no sabe casi nada de sus aventuras, que ella se cuida muy mucho de sincerarse y de hacer locuras, es más, prácticamente siempre es perfecta.

Entonces abuela dice que las mujeres de Mauro eran demasiado distintas de mi tía, que siempre está desaliñada, nunca va a la peluquería, se pasea con esa nube de pelo desgredado y viste como una salvaje. Mi tía contesta que eso tampoco es cierto, porque ella, las pocas veces que Mauro la invita, se pone unos trajes tan elegantes que nosotros no podemos ni imaginar. Además, para conquistar a Mauro toma de los libros de historia todos los planes de guerra de los grandes estrategas, César, Napoleón, Kutuzov, Eisenhower, y los pone todos en práctica. Tenaz, entusiasta y pasional como es ella, cada vez que la vida la derriba, se vuelve a levantar. Ahora yo creo que en el caso de Mauro iría mejor la simplicidad y que podría decirle las cosas tal como son. Esa vez que recorrimos parte del camino juntos me hubiera gustado preguntarle: «¿Tú crees en el poder de la Luna en cuadratura con los demás planetas? ¿A ti te parece que usar pinzas amarillas trae realmente desesperación? ¿Me das cien veces las “buenas noches” con el tono perfecto? ¿Me enseñarías el camino para llegar al lugar de las postales?».

Por un beso, mejor dos

«Debes vestirme de negro con unas braguitas finísimas, llevarme de la trailla como un perro. Tus tetas desbordantes deberán estallar en el corsé negro que llevarás puesto. Después me sentarás en tus rodillas y me darás cien azotes con la vara japonesa, y si llego a quejarme deberás pegarme con más fuerza. Me pedirás que te desnude y para hacerlo sólo deberé usar la boca, como un perro. Y atormentado, y con la respiración entrecortada de un perro me quedaré a cuatro patas, gañendo, mientras tú te tumbas en la cama, desnuda, enseñándomelo todo. Después me harás subir y te ensartaré mientras tú sigues golpeándome con la vara. La sacudiré dentro de ti hasta morirme de dolor y de placer. Hasta comprender quién de los dos domina.»

Y entonces, un día que me estaba haciendo pis, él me ordenó que le meara encima y a mí me pareció algo tremendo. Habría cumplido también esa orden con una condición: que me dejara hablar de mis pensamientos, de todo lo que llevo dentro y nunca puedo contarle a nadie.

«Venga, llora —me dice—, hay unas cuantas cosas que debes echar fuera. El llanto y el pis se parecen. Así me gusta. Deja que caiga sobre mí lo que llevas dentro y me sumerja. Te sentirás mejor.»

Así se van la Luna hostil y las pinzas amarillas, la soledad en los lavabos de las pizzerías, el hecho de que ningún chico se enamore nunca de mí y que no sé si Dios existe realmente.

Después él dice: «Ahora seré yo quien se desahogue contigo. Te mearé encima y tú te quedarás quieta, tumbada, con la boca abierta. Y tendrás que beber».

Me acuesto en la bañera con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, como una muerta en la tierra, dejo que la lluvia me moje toda, como en otoño.

Y en primavera seguro que seré irreconocible, una semillita como yo, cubierta de hojas y flores.

Otra vez juntos

Mamá ha vuelto a casa y hoy mi hermano y ella se paseaban por las habitaciones encorvados a más no poder, caminando mal, como hacen cuando están tristes: él porque en el colegio había tenido que soportar las injusticias de siempre y ella porque no veía más alternativa que el destrozo de esas manos hermosas o que siguiera aguantando. Yo también noté una punzada de dolor en el corazón.

Hace mucho que él no me telefonea.

Papá nos miró a los tres y dijo: «Vamos a ver, contadme qué es lo que no funciona. ¡Hagámonos una magnífica paja colectiva!».

Mamá rió con su risa cantarina cuando papá le presta atención.

«Contádmelo todo», insistió él. Y se encendió un cigarrillo.

¿Cómo contárselo? Está claro que yo no abro la boca. Según papá a nosotros nos da demasiada vergüenza expresarnos. Hablar es más o menos como mear o cagar. Uno se desahoga. ¿Qué tiene de malo? Dios nos ha creado también con el pis y la mierda, a pesar de lo cual seguimos siendo hermosos. A veces pienso que me encantaría darle a mi padre mis historias para que las leyera, pero quizá me atrevería más con Mauro De Cortes, si alguna vez llega a convertirse en mi tío.

Cuando mamá era jovencita, abuela le pedía que no volviera después de una determinada hora.

«En mi vida esperé demasiado —decía—, al abuelo durante toda la guerra y después la boda que no llegaba nunca y después una casa propia. Yo ya no puedo esperar más.»

Por eso mamá se veía obligada a telefonar a abuela desde todas las casas donde estaba. Por ejemplo: «Estoy en casa de Martina y nos vamos para la casa de Gianluigi. Tardaremos unos veinte minutos».

Y después, desde la casa de Gianluigi: «Ahora estamos con Martina en la casa de Gianluigi y nos vamos a ir para la casa de Carlotta. Tardaremos unos quince minutos».

Era obediente y cuando en alguna familia había alguien colgado del teléfono, entonces no existían los móviles, la pobrecilla se echaba a temblar hecha un manojo de nervios y se marchaba a casa corriendo.

Pese a toda su buena voluntad, a veces se retrasaba, entonces abuela llamaba a la Policía, a los Carabineros y a los hospitales. Una vez llegó incluso a llamar al depósito de cadáveres donde encontró a un tipo simpático que le contestó: «No. Su hija no está. ¡Pero en cuanto llegue, si me deja su número, la llamo enseguida, señora!».

Estas cosas papá nos las cuenta para divertirnos y también otras cosas de mamá

cuando era jovencita, como por ejemplo el hecho de que no tuviera sentido de la orientación y cuando se perdía lo llamaba a él para no alarmar a sus padres.

—¿Dónde estás, bonita? Te indico el camino que debes tomar.

—Es que no sé dónde estoy.

—Mira el nombre de la calle, preciosa.

—No está.

—¡Joder, bonita! Descríbeme lo que ves.

Papá dice que mamá era un as de las descripciones así que él reconocía enseguida el barrio donde se había perdido y de teléfono público en teléfono público la guiaba hacia la salvación.

Fueron amigos durante mucho tiempo y así llegaron a ponerse de novios.

Un día mi padre debía marcharse de viaje. Hizo algo que no había hecho nunca: telefoneó a mamá para despedirse. Al final de la breve conversación en la que le contó adónde iba, cómo y por qué, se despidió con un «Adiós, querida».

Mamá le contestó: «Te quiero».

Una vez, cuando estaba en la mesa con unos amigos, mi padre dijo: «Vete a saber por qué nos casamos. En el fondo, uno podría casarse con cualquiera. O con nadie».

—¿Dónde está papá?

—¿Dónde está mi yerno?

—¿Dónde está mi cuñado?

—¿Dónde está mi amigo?

Preguntan por él y él no está. Papá dice que nosotros tenemos una idea equivocada de la estabilidad.

Que para nosotros la estabilidad es quedarse quieto. Sin embargo, ser estables significa ser estables en movimiento. Como la tierra, yo siempre he creído que si no diera vueltas se desintegraría y nos caeríamos todos. Papá dice que si le propusieran algo interesante en el otro extremo del mundo, no tendría ningún problema en apagar la luz, echar las persianas del taller y largarse.

Ahora entiendo por qué cuando éramos niños y mamá salía con nosotros, al volver a casa sonreía siempre y parecía haberse librado de un peso si allá arriba veía la luz encendida.

—Papá está —decía.

Y yo pensaba que se ponía contenta porque papá ya estaba. Es decir antes de que llegáramos nosotros tres. Pero no. Era porque papá seguía estando.

Me gusta cómo en otoño o en primavera le da el sol a la colección de postales de mamá. Me gusta cómo ilumina las olas espumosas, o la arena blanca, o el azul del papel brillante. Mi hermano y yo podemos ir y hablarle cuando queremos, aunque esté pintando. Por nosotros ella siempre lo ha dejado todo. Mi hermano entra para decirle que Cerdeña le da asco y que se quiere ir. Yo me acurruco en la cama enorme y ahí me quedo. Parece mentira, pero me siento protegida por esa criatura tan frágil y

por todas esas cursilerías.

—A lo mejor algún día podremos ir a esos sitios en mi vespa —le digo señalando las maravillas reproducidas en papel.

—¡Pregunta a alguien si conoce el camino! —me contesta ya entusiasmada.

Una vez más mamá no come para castigarse por el hecho de que ha dejado de trabajar. Cuanto menos come más dinero pierde, o mete la pata. Y cuanto más mete la pata más se castiga no comiendo.

¿Llegará la tercera nieve?

Mamá dice que el novio verdadero de mi tía será como la nieve que no llegaba nunca y de la que hablaba ese poema que nos leía por Navidad cuando éramos niños. Llegaba la nevisca y se disolvía, llegaba una nieve demasiado turbulenta y se convertía en barro, y cuando ya todos habían perdido las esperanzas, de repente llegaba la nieve, la de verdad, «tímidamente fastuosa, tupidamente segura». El novio de mi tía llegará así, de repente, y nosotros no tendremos dudas y lo reconoceremos.

Al final él me telefoneó.

—Intentaré recomponer ese desastre de matrimonio —me dijo.

—Me parece bien —utilicé un tono firme y convincente—. No se construye la felicidad sobre la infelicidad ajena.

Esto no lo toleraría ni el Dios de mi padre.

Mamá está otra vez internada en el hospital y cuando fui a verla el cielo estaba espectacular, pero a mí me daba igual.

Esperaba como siempre, toda arregladita, en la cama perfectamente tendida. Para que no se diera cuenta de que me sentía fatal, me puse a mirar por la ventana.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Bien —pero tuve que darme la vuelta porque me eché a llorar.

—¿Por qué lloras?

Me di la vuelta de golpe y sollozando la abracé.

—Ese hombre, el de tus historias, ¿no ha vuelto a dar señales de vida? Perdóname por haberlas leído, las encontré un día en que quería ordenar un poco tu armario. Y también sé lo de los cuadros. Una vez papá hablaba por teléfono muy alto... Es que vosotros pensáis siempre que, total, yo no me entero de nada.

Cuando me marché era muy tarde. Entonces mi madre hurgó en los cajones, ella que nunca quería enterarse de nada por miedo a que la verdad fuera desagradable. Y vaya si era desagradable. A lo mejor por eso no quiso comer más. Sin dejar de llorar, le pregunté al Dios de mi padre, al de mi madre, al Dios de abuela, el porqué de todo este daño inevitable que nos hacemos, incluso a los que más amamos.

«Sólo es cuestión de resistir —me dije—, de acostumbrarse a comer mierda porque, como en los campos de exterminio, hay alguien que siempre lo consigue.»

Justo ahora que mamá está en el hospital, el administrador convocó una reunión de vecinos y dijo que el constructor consiguió el permiso para construir una planta más. Un apartamento en lugar del jardín y algo de dinero para todos.

De un total de nueve votos, siete han sido a favor del nuevo apartamento y dos en contra, obviamente el mío y el de la señora de abajo. Los demás dijeron que no pasa nada, que nos repartiremos las macetas y las tinajas, los tinglados, las cortinas, los

enrejados y los colocaremos en los balcones, que quedarán igual de bonitos, y además tendremos el dinero. Lo sienten por la señora que trabajó tanto, pero en la vida hay que tener un poco de espíritu práctico.

19

Volar

Mamá llevaba una temporada bastante bien, comía y todo. Tenía un aire alegre y parecía más fuerte.

La única diferencia es que siempre tendía su ropa con pinzas de madera a las que yo no conseguía atribuir un significado y ya no entraba en el cuarto de mi hermano para llevarle zumos mientras tocaba. A veces no comía con nosotros, pero nos dejaba una notita en la mesa de la cocina con todo preparado.

«Estoy muy cansada, voy a descansar, no os preocupéis, ya he comido.»

Papá, cuando estaba, entraba en su cuarto y en voz baja le decía alguna de sus ocurrencias. Sabía que si fingía estar dormida se reiría a carcajadas. Pero ella no se reía. Ni siquiera cuando le susurraba «Crunch crunch crunch crunch crunch crunch crunch crunch» o le cantaba «Un chinito pecando».

Dormía de verdad.

Y un buen día decidió marcharse siguiendo su idea de la belleza. Hacía tiempo que venía diciendo que no le gustaban los soportes del tejadillo de la terraza, que se estaban oxidando y había que volver a pintarlos.

Entonces, tal como lo veo yo, una mañana organizó la puesta en escena. Compró la pintura y el antioxidante y salió volando con el pincel en la mano. Para todos está claro que le dio un mareo y perdió el equilibrio. ¿Pero por qué se puso su vestido favorito? ¿Por qué tenía el pelo recién lavado y perfumado y en casa todo estaba en orden? ¿No quería que nuestra familia hiciera mal papel?

Además, de forma encubierta siempre había mostrado un extraño interés por los suicidios. Cierta vez había oído decir que se puede morir rallando una nuez moscada entera en alguna comida y había dicho que era una buena manera porque todos habrían pensado que el suicida era muy glotón, que le gustaban los sabores fuertes y se le había ido la mano. Otra buena idea, pero para el otoño, era la de prepararse una seta venenosa después de haber fingido gran interés por recogerlas. En verano los que querían morir sin molestar a los demás con eso de los remordimientos, simplemente podían adentrarse en el mar y no volver más.

Yo sé que jamás habría hecho ese trabajo a esa hora. Era una tarde de finales de primavera, calurosa y opalescente, con un sol que no conseguía resplandecer. A mamá la vimos abajo, en uno de los patios abandonados a los que nadie sale nunca y donde se depositan los trastos para tirar. Estaba preciosa con su vestido floreado y su rubia trenza de muchachita y un brazo delgado que acabó debajo de la cabeza como cuando dormía.

Sé que se fue sin desesperación ni rabia. Sé que en la última época se había mostrado fuerte porque sabía que pronto se acabaría. Sencillamente comprendió que ella era de esas que no lo conseguiría y huyó de la vida como cuando salía corriendo

de los cines porque las escenas eran demasiado fuertes para ella.

Papá bajó sin prisa y sin decir palabra. La levantó en brazos y la subió. Nunca más volvió a decir nada. Nunca más quiso escuchar. A menudo se quedaba delante de la montaña de colillas, solo, ensayando con sus espléndidas manos unas piezas tristes en la guitarra.

Después, una vez que la luz estaba apagada, era porque se había marchado.

Al funeral de mamá, el doctor Salevsky mandó muchísimas flores, todas las que ella prefería. Eran las únicas, porque ninguno de nosotros estaba en condiciones de pensar ni organizar nada.

El cura le permitió que llevara dos músicos que tocaron un tango lleno de nostalgia y belleza con el que mamá lloraba siempre cuando planchaba. Entonces comprendí que él había decidido no volver más a la casa de mi tía porque se había enamorado de mamá y bailar el tango con ella era un deseo de felicidad doloroso e imposible.

Mientras ordenaba los armarios, sepultado entre los camisones de mamá encontré *365 días por la Tierra*. Le quité el lazo rojo y vi que en la parte interior del papel de regalo había algo escrito.

«Corazón, te regalo este libro porque quiero compartir contigo, que nunca viajaste, todos los lugares que he visto en mi vida y todos los que me gustaría ver. Si no te regalara este libro, todos esos lugares me importarían bien poco. Pero consiguen ser bonitos recuerdos porque ahora los ves tú también, y pueden despertar mi curiosidad porque ahora despiertan también la tuya. Dulzura mía. Tesoro mío. Amiga mía. Mi niña que nunca tuve y a la cual, por una extraña coincidencia, le hubiera puesto tu mismo nombre. Cada vez que hablas conmigo de tu vida, tengo la sensación de estar viviéndola. Cada vez que bailas conmigo, después tengo la sensación de llevar tu piel y no la mía. Lamento que el amor no sea únicamente cuestión de feromonas, porque entonces me limitaría a darme una ducha y tú te irías. Pero te quedas. Puedo asegurarte que te quedas, aunque tú creas que no significas nada para nadie porque no bailas, porque no montas a caballo, ni escalas montañas, ni sabes nadar y no eres una tía buena. Perdona si no me expreso bien en italiano, ¿pero a quién carajo le importa? En mi vida me he sumergido hasta el fondo, en lo más profundo, en la oscuridad de las grutas, y me ha deslumbrado la luz en las montañas, he montado a caballo, he trabajado de médico a bordo de barcos que iban al fin del mundo, he estado con muchas mujeres, algunas de ellas tías buenas. Pero si antes de nacer, el Padre Eterno me hubiese pedido que eligiera lo que prefería y me hubiese dejado verte a ti, desde aquel punto de vista angelical, tendiendo en tu terracita embutida en tus trajes floreados (pero espléndida, te lo aseguro), te habría elegido a ti. Pero nadie me lo pidió. Y aquí me tienes, en lugar de follarme a alguna o masturbarme mirando una foto de *Playboy*, lo hago pensando en cómo sería si consiguiera tenerte en mi cama, desnuda y suave, al menos una vez. Y llegado a ese punto, follarte sin más me parecería un delito. Quisiera hacer que viajaras, que

escalaras montañas y que te sumergieras, todo eso entre mis sábanas.

La primera vez, cuando viniste a la revisión médica, y enseguida nos hicimos amigos, no debí dejar que te fueras. O no debí seguirte, pero estabas tan contenta de poder presentarle un novio a tu hermana y tan orgullosa de que algo bonito para tus seres queridos fuera mérito tuyo, que te dejé hacer. Pero lo que yo quería era esa intensidad tuya tan especial, tus ojos y tus labios y tu pecho que se insinúa más con tu vestido floreado, ése más escotado.»

Y después estaba la firma del doctor Salevsky.

No conseguía soltar el libro y era tan grande mi emoción que busqué nuestra isla del archipiélago de Sulu. Allí encontré una notita con la misma letra.

«Niña mía a la que le diría “Buenas noches” mil veces con el tono que más deseas, ¿por qué dices que utilizo la palabra amor sin ton ni son? Yo no utilizo ninguna palabra sin ton ni son. Sé que me quieres, y que tampoco es sin ton ni son, y que se me da bien conversar. Podría engatusarte con palabras, aunque mi italiano no es perfecto. Con palabras podría envenenar tu mundo y llevarte de aquí. Podría hacerte ver lo que no ves, por ejemplo, un futuro imposible sin mí. Y contigo las palabras fluyen en ríos, fáciles, precisas, sin dificultad. Con las palabras podría llevarte de aquí y sin embargo me callo.

No puedo arriesgarme a hacerte daño. Pero mi condena es no saber cuál es el mal que te aqueja. ¿Raptarte o dejarte aquí?

Hablaré con tu hermana y entonces mis palabras serán estudiadas con habilidad, deberán alcanzar un objetivo: un raudal de gilipolleces. Pobrecita, le tengo aprecio. Deberé decirle que soy así, que me gustan todas las mujeres y ninguna, que los viajes son mi vida y no sé estarme quieto en un sitio, que estoy hecho para vivir solo.

En cambio contigo me sentía cómodo, me hacías compañía. Estás dentro de mí y puedo llevarte a todas partes. Nunca te he hablado para convencerte de nada y no quiero hacerlo ahora. Te hablaba por el gusto de hablarte y así te escuchaba. Nos encontramos. Creo que el amor es eso y no lo digo sin ton ni son. La cuestión es que no sé lo que debo hacer. Lo que he estudiado en mi vida, las aventuras, los riesgos, las mujeres no me bastan para aclararme las ideas: es decir, si debo llevarte o no de aquí.»

Desde que mamá murió han pasado un verano y un invierno. Finalmente, encontré la playa de Punta Is Molentis. Una franja de arena fina interrumpida por rocas que se parecen un poco a nuestros Mammuttones y un poco a los Caballeros de la Mesa Redonda. Donde la tierra ocupa el lugar de la arena y perfuman los enebros. Un lugar mágico y color añil. Las gaviotas duermen en el agua y están tan tranquilas que parecen imposibles. Igualmente imposible me parece la falta de viento en la ensenada, cuando detrás del promontorio hay temporal de maestral. Finalmente he llegado al Paraíso y no sé qué hacer, con esta pinta, sucia y cubierta de sangre. Él me ha pedido que lo hagamos una vez más, sólo una, antes de cortar y a cambio le he

pedido que me lleve al lugar de la postal.

Un día que vino a casa y no había nadie se la enseñé y me dijo que conocía el camino, es más, que iba a menudo, pero conmigo no podía. Y yo me sentía feliz.

Pero ocurrió algo, no sé, no me acuerdo de nada, en ese momento llegaba alguien y yo no lograba escaparme. Tampoco lograba seguir sus instrucciones: zambullirme en el mar, seguirlo. Me acuerdo que me dijo que lo esperara en aquella gruta, que lo llamara al móvil en cuanto se hubiese marchado aquella gente y entonces él vendría enseguida.

Pero después, no sé por qué, me viene a la cabeza lo que me había dicho Mauro cuando vino a vernos después de la muerte de mamá. En realidad era para ver la caja con sus cenizas, porque mamá no tiene una tumba. Tenía miedo de quedarse encerrada en la oscuridad y sin aire, y siempre decía que, si llegaba a morir así de repente, la pusiéramos en una caja y que la guardáramos en casa, con nosotros, cerca de una ventana con vistas y todos los matices de color.

Entonces se sentó y miró la caja en silencio y yo le dije: «Qué cosa tan fea es la vida, Mauro». Y me contestó que la vida no es ni linda ni fea, sino algo que, una vez que nacemos, debemos limitarnos a hacer. «¡Entonces hagámosla!»

Mauro se dio cuenta de que lo de mamá no fue un accidente.

Y este pensamiento que me viene, de Mauro, de lo que dijo, de todas las veces que se casó y se volvió a casar y para mantener a sus hijos y no discutir con sus novias entregó la casa más grande y él se compró una más pequeña, cada vez más pequeña, y él como hombre siempre más grande, pues eso, que este pensamiento me recuerda otra cosa...

Entonces saco el móvil del bolsillo y en lugar de llamarlo a él, le pido ayuda a Mauro. Me limito a decirle el nombre del lugar y llega enseguida, con un bidón de agua, champú, toallas, agua oxigenada y una camisa suya, porque yo en el mar sólo conseguí quitarme lo más gordo. Siento una vergüenza infinita, pero cuando empezamos a hablar mientras me ayuda ya no me siento tan mal.

—¿Pero a ti te gusta hacer el amor de esa manera?

—Lo hacía porque lo amaba. Y él también me amaba.

—Hoy nos ha hecho una gran demostración. ¡Diría que hasta puede tocarse con la mano!

Ya mí, pese a lo trágico del momento, me entran ganas de reír.

—Me sentía feliz, porque si hubiera seguido todas las instrucciones, habría durado eternamente, aunque me hubiese vuelto vieja y ajada.

—Que te torturen eternamente: una suerte enorme. ¿Pero eso no era el infierno?

De nuevo estallo en carcajadas, porque cuando Mauro está presente todo me parece fácil y claro y quizá también un tanto cómico.

—¿Y un amor bonito? ¿No te gustaría?

—Claro. Pero no es posible. A ninguno de mi familia le ha sido posible.

—Podrías tratar de encontrarlo. Mejor dicho aspirar a él. Basta ya con las migajas

y las torturas. Aspira a un amor bonito.

Y cuando volvemos, ya de noche, me siento fresca y perfumada y Mauro me parece tan simpático que hasta le cuento lo de los colores de las pinzas.

—¿Y por qué no las compras de madera? —me pregunta.

—Porque la madera es el material con que hacen los ataúdes y la caja de mamá.

Ahora es Mauro quien se echa a reír a carcajadas y se disculpa y dice que él no es de los que se ríen fácilmente, pero que en este caso no hay quien se resista.

—No te echas a perder, pequeña, nunca más vuelvas a malvenderte así, y por una mierda de itinerario que todos conocen. Vales mucho. Todos valemos mucho. Te mereces un amor por el que alguien tenga ganas de ir contigo a visitar los sitios sin torturarte. Prométeme que lo buscarás así y que no aceptarás si no es así —me dice al despedirse.

Y me viene a la cabeza que en la vida no existen únicamente las posibilidades de dejarse hundir en la mierda, o hundir a los demás, o morir. También existe la manera de Mauro. Y quiero ir corriendo a ver a mi tía y a mi hermano para contarles que también existe esta manera.

20

La felicidad

Mauro De Cortes es la mejor persona que conozco, pero se mantiene lejos de nosotros como un horizonte marino. Cada vez que lo invitamos, contesta: «Gracias, pero tengo otro compromiso». Escalaría una montaña si estuviésemos en peligro, pero nunca vendría a cenar, o al cine, o a la playa.

Mi tía me da mucha lástima, aunque sea una muñequita de mantequilla llena de rizos, como la del cuento, y rebose salud y no vuelva nunca a casa sin que alguien la haya cortejado. Me da lástima porque en su vida no ha pasado con un hombre más de tres horas seguidas, ni una noche, ni ha hecho una excursión y mucho menos un viaje. Ella sabe que ciertas cosas existen porque las ha visto en las películas, o las ha oído en las canciones, o se las han contado.

Tenía razón papá: en lo que respecta a mi tía, Dios no quiere.

O tiene razón abuela: la que no quiere es ella. Porque siempre ha sido demasiado exuberante, rebelde, en el colegio la castigaban y mandaban llamar a los abuelos para decirles que su hija parecía siempre encontrarse en el borde de una piscina y en clase sólo estaba para hacer reír a sus compañeros con sus payasadas. A lo mejor abuela tiene razón también por el hecho de que mi tía enseguida se cansa de todo, especialmente de sus amantes.

Pero a mí me dice que no es que se cansa de sus amantes, sino que tiene miedo de que ellos se cansen de ella y por eso trata de dar lo mejor. Y al cabo de dos o tres horas es cierto que sus amantes la echan de su lado, pero no es menos cierto que ella no aguantaría más a causa del cansancio. Salvo esa vez en casa de Mauro De Cortes cuando se durmió y tuvo la impresión de que la mecían las olas.

Y sin embargo mi tía no es una pesada. Cuando viene a casa nunca queremos dejar que se marche y no sólo ahora, que nuestros padres ya no están, sino desde siempre. Nosotros nos divertimos cuando hace las voces de los animales o imita la cafetera cuando hierve o la lavadora en todos sus programas de lavado, o el desembarco de Normandía sobre el suelo inundado. O simplemente cuando se ríe con las películas que, según ella, son cómicas y tú te preguntas: «¿Qué le verá de cómico?», y después te das cuenta de que te ríes sólo porque ella se ríe.

Cuando mamá decía que mi tía es divertida, papá contestaba que ser divertido no quiere decir hacer bromas infantiles, y encima siempre las mismas, o divertirse con las bromas ajenas. Según él, mamá era mejor, porque con gran humildad y honestidad intelectual ni siquiera lo intentaba.

Está claro que mi tía tiene un nuevo pretendiente. Es juez y ella cree que, a pesar de su apellido sardo, el hombre es austríaco por ese toque rígido e invernal de su cara y por su forma de hacer las cosas, tanto es así que ni siquiera está segura de que la esté cortejando. Lo conoció porque necesitaba unas cosas de derecho penal para sus

estudios de historia y le comentaron que él era el mayor experto en el tema.

El juez la invitó a tomar un café rápido un buen día, en el bar que hay debajo de la Torre del Elefante, y tiene unas vistas preciosas, y mientras la invitaba, la observaba con sumo interés. A mi tía le pareció un interés un tanto especial, pero no estaba segura.

Y yo me pregunto qué hombre, por rígido que sea, y encima juez y quizá austríaco, puede resistirse a las piernas larguísimas de mi tía, a sus faldas cortas y vaporosas, a su cintura estrechísima, a sus tetas de mantequilla, grandes y turgentes, que puedes ver cómodamente en el desorden de sus movimientos, o a través de sus camisetas demasiado finas y de sus camisas mal abrochadas. Además, cuando mi tía habla, y eso que no lo hace a propósito porque le ocurre también con nosotros o con abuela, se inclina, se entusiasma y la ropa se le sale de su sitio. A mí me parece que no hay hombre que pueda resistirse a una escultural muñeca de mantequilla, despeinada, con los rizos sobre los ojos y las tetas firmes, mullidas y blancas de pezones sensibilísimos, que nosotros, cuando éramos pequeños, le pedíamos siempre que nos dejara estrujar o al menos tocar, fabulosos manjares de mazapán, helado y nata. Está claro que el juez quedó impresionado.

Según me contó mi tía, el café rápido de aquel día no tuvo nada de rápido, sino todo lo contrario. Además, el juez no llegó a la cita con un coche azul y elegante, como creía ella, sino en moto, le pidió que se subiera y le tendió el casco que había llevado expresamente para ella. Mi tía siempre había visto parejas en moto por la calle, pero nunca se había subido a una y dijo que se sintió como si estuviera en otro mundo y que fue de lo más raro, porque ella seguía siendo la de siempre, es verdad, pero básicamente un recuerdo de lo que había sido. Además, en la moto no había necesidad de hablar para llenar los vacíos, porque lo único que tienes que hacer es callarte la boca para no distraer al conductor y disfrutar del panorama con una mejilla apoyada sobre su hombro. Muchas veces yo me había ofrecido a llevarla en mi vespa, pero ella nunca había querido subirse, además, no tiene sentido explicar los chistes, porque entonces pierden toda la gracia.

Después, ante la taza de café, debajo de la Torre del Elefante, mi tía empezó a explicarle lo que buscaba y a disertar sobre algunas cuestiones históricas para quedar bien, pero el juez la interrumpió diciéndole que su única afición es leer libros de historia en su tiempo libre y que ya conocía el tema. En pocas palabras: no hables tanto que te cansas inútilmente.

Así que ella se tranquilizó, escuchó todo lo que tenía que escuchar, se rió y lo hizo reír porque él tendrá unas ocurrencias sofisticadas, pero lo bueno es que se divierte con poco y para soltar la carcajada no necesita de una sofisticación equivalente.

Entre tema y tema de estudio, se escapó alguna que otra confidencia, del tipo que hace poco que el juez dejó de liarse porros y que tuvo montones de historias de amor que se fueron todas a tomar por saco y que nunca entendió por qué, teniendo en

cuenta que daba lo mejor de sí mismo.

Entonces mi tía se lanzó y le reveló que ella también tuvo la tira de relaciones que se fueron todas a tomar por saco y que ella tampoco había entendido nunca por qué, teniendo en cuenta que daba lo mejor de sí misma.

De repente, se levantó de la silla y se le acercó para proponerle uno de esos ceremoniales infantiles que papá definía como imposibles: un pacto por el que a la próxima persona que amaran le darían lo peor de sí mismos y le exigirían el mismo trato.

Después volvió a sentarse y se puso a anotar el pacto en una servilleta de papel: ¡Amor sólo a quien resista y sólo si resistimos! Se devanaron los sesos tratando de descubrir a qué pacto histórico podía parecerse, pero no se les ocurrió ninguno.

Cuando el juez la hizo subir otra vez a la moto y le prometió interesarse por el tema de sus estudios, ya era de noche.

Me imagino la nieve en las montañas austríacas, una nieve que esconde la belleza de lo que se verá con el deshielo, pero yo ya sé que existe ahora. Me imagino a todos los animales que mi tía sabe imitar, ahora dormidos allá arriba, en los bosques, pero que producirán sus sonidos al despertar. Me imagino un castillo encantado donde reinan la inmovilidad y la muerte, pero donde las cafeteras volverán a hervir y las lavadoras completarán todas sus fases de lavado. Me imagino a mi tía bailando el primer vals de su vida sin cansarse y sin cansar.

Mi tía se convierte en esposa

El amor llegó tupidamente seguro, como decía el poema de mamá, y cualquiera podía reconocerlo fácilmente. No hay una razón clara para todo esto. De forma por completo casual, la misteriosa fuerza que mueve el mundo se manifestó delante de una tacita de café.

Después de aquel café, para mi tía nada volvió a ser como antes. Las demás relaciones no habían cambiado su vida. Ahora iba con frecuencia a casa del juez, que nunca le insinuaba que era hora de marcharse. Preparaba salsas y se las dejaba en la nevera, así cuando él tenía prisa no comía porquerías. Llamaba a su amor con un diminutivo, como se hace con los de la familia. Le telefoneaba cuantas veces le venía en gana sin preguntarse si convenía o no, y lo mismo hacía él, y a menudo no era más que por alguna tontería que los hacía reír. Mi tía, que nunca había querido que la llevara en moto, se compró incluso pantalones, porque el juez decía que se sentía mal si no empezaba el día sobre dos ruedas. Le gustaba el abrazo de mi tía por las mañanas, sus tetas mullidas y su mejilla en el hombro, sus piernas largas a los costados de la moto. Si el juez no acompañaba a mi tía a la universidad, decía que empezaba mal el día. Mi tía me dijo que lo amaba y yo no tuve ganas de pensar en lo que habría dicho papá: «A mi cuñada le basta con muy poco para enamorarse».

La primera vez que mi tía fue a la casa del juez para escuchar la versión original de «American Pie», que ahora canta Madonna, él le pidió muy espontáneamente que se desnudara. Nunca había tenido a una mujer tan hermosa paseándose por su casa, ni siquiera le había pasado nunca por la cabeza que le pudiera ocurrir justamente a él. Mujeres como aquélla las había visto sólo en el cine y en las revistas, pero nunca tan reales y, sobre todo, nunca tan de cerca. Sabía que semejante golpe de suerte no se le presentaría otra vez en la vida.

A mi tía aquella petición le pareció tierna y en absoluto vulgar así que se desabrochó la camisa. Le enseñó las tetas y su cuerpo irresistible, después se le sentó al lado en el sofá y lo tomó de las manos.

—Tócame. Puedes hacer lo que quieras.

Aquellos fueron los días felices de la vida de mi tía. Una novia enamorada y correspondida que sonreía siempre. Y estaba realmente guapa. No como antes: un amasijo bien hecho de carne y huesos que comparado con el carisma de mamá no era nada. Porque mamá, con sus andares de perro apaleado, que te recordaba el de los pobres de la humanidad, para mí era guapísima y me alegró de que también lo fuera para el doctor Salevsky. Pero mamá llevaba dentro el amor por la vida. Nada le era indiferente. Una esponja para absorber los dones de Dios. En aquellos días, mi tía y el juez fueron dos esponjas que se impregnaban de todo lo bello que hay en el mundo. El juez le hizo sentir lo que ella no había sentido nunca, cosas normalísimas para vete

a saber cuánta gente, pero para mi tía, acostumbrada a las migajas, eran como una mesa cubierta de manjares contemplada siempre detrás de los cristales y con muchísima hambre. Me hablaba del esplendor de una ducha caliente en compañía, ella se divertía en grande debajo del agua y era tremendamente feliz. Y después el juez le había dicho «Te quiero» y nadie, jamás, en todos los años que mi tía llevaba follando, había pronunciado jamás una frase similar. Poderosa. Terrible. Maravillosa. «Quiéreme. Quiero hacer el amor con todas las partes de tu cuerpo por pequeñas que sean. Quiero follar con tu cerebro. Quiero follar con tu corazón.»

A mi tía le habría gustado morir de la felicidad y no quedarse allí a ver lo que ocurría. La habían dejado todos los hombres de su vida, ¿por qué esta vez tenía que ser diferente?

«A lo mejor porque por una vez todo es distinto», le dije yo, sin tener nada concreto en qué basarme, pero segura. Y me pareció hermosísima mientras me miraba, confiada en el futuro que una sobrina de dieciocho años daba por seguro. Y sin embargo se acabó. Así sin más y de repente. Una mañana mi tía volvía a casa de la universidad y el juez pasó con su moto y en el asiento de atrás, en lugar de mi tía, otra mujer lo abrazaba y apoyaba la mejilla en su hombro.

Entonces mi tía fue a sentarse en los escalones de la casa del juez y lo esperó durante horas con la vista fija en un punto lejano.

«¿Por qué? —le preguntó estallando en llanto—. ¿Por qué?»

El juez no se justificó. No la invitó a subir. Se sentó con ella en los escalones y le suplicó que dejara de llorar, que él también tenía un nudo en la garganta. Le puso un brazo alrededor de los hombros. Eso fue lo peor. Había dado lo mejor de sí mismo a las mujeres de su vida y se había sentido desaparecer como una pompa de jabón, y después nada más. ¿Cuántas lo habían dejado? Tantas que ni se acordaba. Seguramente todas. Un dolor que no quería volver a sentir nunca más.

Si mi tía lo hubiese dejado, esta vez él habría caído de pie. Porque quería también a la otra y gracias a ella, mi tía lo veía fuerte y lo quería, y gracias al amor de mi tía, la otra lo veía fuerte y lo amaba. El mundo es de los fuertes y ella lo sabía muy bien, porque había visto morir a su hermana.

«Quédate. Por favor. Acéptame, amor mío. También con esta parte negativa. Acógeme. Me lo prometiste. Brindamos por eso.»

Pero mi tía huyó de allí y cuando llegó empezó a correr por la casa y a darse con la cabeza contra las paredes y a decir que ya no quería seguir viviendo y que quería romperse, de una vez por todas, esa cabeza suya y ese cuerpo que de nada servían a nadie y que nadie quería ni habría querido nunca. Después se tiró al suelo y se pasó días y días sin lavarse ni comer nada.

Abuela venía a casa a ver a su hija, llegaba jadeante tras subir las escaleras y parecía envejecer cada día más. Arrimaba una sillita y se sentaba a contemplar a mi tía hecha un ovillo en el suelo y le enumeraba las cosas ricas que le había traído para comer. Decía que éstos sí que eran tiempos terribles en los que ya no se entendía nada

de nada. Era mejor el hambre que había pasado ella en su época, que el hambre que pasaba mi tía ahora. Era mejor la guerra, porque por lo menos sabías con quién tenías que desquitarte. Primero con los americanos. Después con los alemanes. Y aunque cambiaran los malos, al menos lo sabías al momento. En cambio ahora, ¿con quién podías desquitarte? Estaba claro que el juez también era un pobre tipo, un inmaduro, exactamente igual que mi tía, que al cabo de un día creían estar enamorados pero no era así, no sabían dónde empieza ni dónde termina el amor. Como nuestro padre, que siempre lo sabía todo sobre Dios, sobre el amor, sobre el bien y el mal y había dejado a sus hijos abandonados y sin un céntimo. Como mamá, un conejo asustado, otra inconsciente. Se había caído tontamente del balcón cuando sabía perfectamente que siempre estaba muy débil y que era propensa a los mareos. Ahora no había ni buenos ni malos. No se sabía qué esperar, cómo vivir. Hasta Dios parecía confundido y ella no volvería a pisar una iglesia ni a rezar. La guerra le había salvado al novio y la paz le mataba a las hijas. Habían sobrevivido al hambre de entonces huyendo al campo; para el hambre de su hija, ahora no había remedio.

Pero en su reclusión sin agua y sin comida, mi tía no dijo: «A tomar por saco el juez», ni lo dijo después cuando se levantó del suelo. Lo había querido de verdad y le estaba agradecida por los días de esposa que le había hecho vivir.

Ahora, que ha pasado casi un año, dice a menudo que no se necesita demasiado para hacer de esposa y que no es cierto que a ella se le dé mal: «Dejas que te persigan en moto, preparas salsitas, haces el amor y te metes debajo de una rica ducha caliente con tu marido. Mucha gente se queja del matrimonio pero para mí ha sido precioso. La época más feliz de mi vida».

Mi tía se convierte en madre

«Y para hacer de madre tampoco hace falta mucho. Muchas no paran de quejarse de sus hijos, fijaos en abuela. Pero yo, con vosotros, no tengo motivo de queja. Hacer de madre es maravilloso. La época más feliz de mi vida.»

Las cosas fueron así, mi tía no quería levantarse del suelo y habían pasado varios días y nosotros sabíamos muy bien que si no ocurría algo, no se iba a levantar nunca más. Desesperada, fui a ver a Mauro y me dijo que, en su opinión, mi tía no podía seguir como antes, que debía echarle huevos y que seguramente eso haría. Me dijo que me quedara tranquila, que mi tía no se iba a morir y que seguramente le daría tiempo a enamorarse otra vez y a imitar el desembarco de Normandía si, por casualidad, llegaba a inundarse la cocina, o la táctica de la retirada continua del general Kutúzov en el pasillo. Él no creía en Dios, pero la fuerza de la naturaleza era una realidad evidente y mi tía formaba parte de ella con la misma evidencia.

Llegué incluso a tragarme el orgullo y llamé por teléfono a todos sus ex novios de los que conseguí encontrar el número.

«¿Qué es lo que tiene de malo mi tía?»

Algunos se alarmaron y creyeron que yo era una especie de sobrina vengadora. Me colgaban asustados. Otros contestaron: «Es perfecta, pero no es para mí».

Fue a mi hermano a quien se le ocurrió la idea.

«A mí me haces falta —le dijo—. No te mueras. No seas egoísta. Siempre pensé que tú me habrías gustado más como madre, y como padre, y como abuela. Y por una novia tan buena, yo ya no sé qué daría. Excepto el piano, todo.»

Entonces mi tía se levantó y fue a darse una ducha fría, como hacía siempre antes de lo del juez, después se abalanzó sobre la cazuela de albóndigas que abuela había traído para todos.

—No tenías que hacerles esto a nuestros padres —me enfadé con mi hermano.

—No es verdad que prefiera a la tía. Tampoco es verdad que los muertos nos oigan, ni que las personas que están lejos perciban lo que pensamos, ni ninguna de esas gilipolleces. Los muertos son sacos vacíos y mamá es un montón de cenizas en la caja y si papá oyera nuestros pensamientos, regresaría. ¿O no?

La cuestión es que mi tía se levantó de aquel maldito suelo.

Y así, mi tía se despidió de abuela, se trajo a casa sus libros de historia y sus trajes escotados y comenzó su nueva vida sin novios y sin dinero, porque quiso mantenernos a los dos sin pedirle ayuda a abuela y quiso comprar nuestra casa, que era de alquiler, y regalárnosla, puso el dinero que había ahorrado para tener casa propia cuando se casara, y pidió una hipoteca.

Si no hubiésemos estado tan tristes, con mi tía hasta nos habríamos divertido, porque cuando estábamos todos juntos con esa sensación de abandono y derrota, ella

siempre sacaba a relucir algún acontecimiento histórico trágico y lo comparaba con nuestra situación.

Pasada la época de la Biblia, decía mi hermano, le había tocado el turno a la historia. Fuimos los cartagineses en Zama, los persas en Maratón, Napoleón en Waterloo. Afrontamos las batallas del Somme, de Verdún y capitulamos en Caporetto. Soportamos el frío de Stalingrado. Fuimos los judíos en la Alemania nazi y los prófugos palestinos expulsados por los judíos. Pero mi tía decía que volveríamos a resurgir, tal y como habían hecho los japoneses.

A menudo preparaba algo especial e invitaba a comer con nosotros a Mauro De Cortes. Él no quería ser desconsiderado y contestaba: «Gracias, hoy tengo otro compromiso, a lo mejor otro día».

Mi tía esperaba otro día y le mandaba unos graciosos SMS en los que se hacía pasar por la dueña de un restaurante y le comunicaba el menú. Mauro contestaba con la misma simpatía, pero de venir, nada. Cuando ella se decidía a retirar las especialidades, porque el único y verdadero cliente no llegaba nunca, estas últimas dejaban de serlo: las verduras reblandecidas, las salsas aguadas, los postres resecos, el pan duro.

Y si hacíamos muecas, mi tía decía:

—¡Ojalá tuvieran este pan en Afganistán, o en Palestina o en Nicaragua, donde seguramente estará vuestro padre! ¡Ojalá lo hubiera tenido vuestro abuelo en el campo de concentración, o los londinenses durante los bombardeos de septiembre del 44!

—Tía, que no estamos en guerra —le soltó al final mi hermano apartando el plato—. Sólo estamos esperando a que Mauro De Cortes se digne a comer con nosotros.

Lo miramos boquiabiertas. ¿Cómo se las arreglaba alguien que estaba siempre encerrado en su cuarto tocando el piano, que no invitaba a nadie a hacerle confidencias, para entenderlo todo? Ese día mi tía cerró el restaurante y si hubo especialidades, fueron para la familia Sevilla Mendoza.

El momento más difícil llegó cuando Mauro De Cortes, que no contestaba al teléfono, nos mandó una postal desde Grecia en la que nos contaba que se había tomado un año de excedencia sin sueldo y que se había comprado otro velero con su nueva novia. Se había marchado de viaje y navegaba por el mar azul y denso de la postal, más allá de una terracita blanca con macetas rojas y lila con claveles y geranios bajo una ventanita azul griego. Después llegó otra con una terracita de noche. La luna iluminaba una silla pintada de amarillo y una mesita con un vaso vacío. Sólo decía que estaba bien y que esperaba lo mismo de nosotros.

Nos hicimos a la idea de que Dios, o no existe, o es injusto, porque nosotros en todas esas desventuradas batallas no ganábamos nunca y siempre nos tocaba el papel de los muertos.

No rezamos y yo no escribí ni ésta ni otras historias. Mi hermano decidió dejar el colegio y quedarse solo en casa, estudiando piano, porque estaba hasta el gorro de sus

compañeros. Mi tía decidió terminar con los hombres. Definitivamente. A él lo eché de menos: los tiempos en que me bastaba con obedecer sus órdenes y trasladarme al mundo de los sueños para ser feliz. Y cuando me telefoneó para volver a verme y me juró que aquella vez, en la playa de la postal, había intentado llevarme con él pero yo era de piedra, y había esperado mi llamada telefónica durante horas y más horas, fue duro no creer que aquello era el amor. Pero el amor, por fuerza, tenía que ser otra cosa.

El veterinario

Un día de todos aquellos días tristes bajo a tirar la basura cerca del Convento de las Capuchinas y en el contenedor oigo gañir algo vivo. Como me he acostumbrado a no ser remilgada, me asomo subiéndome a un viejo ladrillo y veo una camada de perritos de ninguna raza especial, húmedos, legañosos y malolientes. Me pregunto si no será mejor dejar que se mueran. ¿Qué clase de vida les espera? Tribulaciones, nada más. No conseguiré colocar a estos cinco perros en ninguna parte y mi tía jamás los admitiría en casa. Lo único que nos falta es tener animales. Entonces, llamo al primero que pasa y que me da buen rollo para pedirle ayuda o una opinión.

—¡Eh, perdona!

—¡Dime!

—Aquí dentro hay cinco cachorros. No sé qué es mejor, si dejar que mueran o que vivan. Yo no me los puedo quedar.

—Que vivan, coño —se acerca corriendo—, ¡me falta poco para ser veterinario!

—¿Veterinario?

Y ahí mismo sacamos a los cachorros del contenedor y los depositamos en la cazadora que el muchacho tiende en el suelo.

—Dios es raro —pienso en voz alta—, parece desentenderse de todo y después se presenta inesperadamente para salvar cinco cachorros. Me alegro mucho por ellos. Un veterinario.

—¿Y por qué te cabrea Jesucristo? —pregunta el muchacho mientras deposita el último cachorro en la cazadora.

—Se murió mi mamá. Mi padre se ha ido. Mi tía estuvo mal y se pasó una temporada sin levantarse del suelo. Un amigo, alguien de quien podías fiarte, se marchó a recorrer el Mediterráneo en velero. El hombre que yo amaba se casó. Mi abuelo era un tipo cojonudo y se murió por una úlcera que arrastraba desde el campo de concentración nazi. Mi hermano se pasa la vida tocando el piano y es como si no estuviera. Y para colmo, ya casi estamos en Navidad y seremos cuatro gatos sentados a la mesa y abuela llorará, mi tía dirá «a tomar por saco todo» y mi hermano se quedará con nosotras el tiempo justo para tomar un bocado.

—¡Y en casa ya no tenéis cortinas! —exclama alegre como si se tratara de una salida ingeniosa.

—¿Cómo?

—Que eres muy dramática, digo. ¿Te acuerdas de Eleonora Duse cuando se agarraba de las cortinas y tiraba de ellas con los brazos alzados y el pelo en la cara como tú ahora?

Me muero de la risa. Vaya idea.

—Los cachorros me los llevo yo. En mi casa están acostumbrados a cosas peores.

Dame tu número de teléfono y yo te doy el mío, así te mantengo informada.

Subo las escaleras corriendo y, sin aliento, llamo a la puerta de mi hermano.

—Me ha pasado algo rarísimo. He encontrado cinco perritos en el contenedor de la basura, ¿y sabes quién pasaba por ahí? Un veterinario. Es cierto eso de que Dios tiene sus formas extrañas de darte a entender que existe. ¿Te acuerdas de ese pasaje del Evangelio que nos contaba papá cuando perdíamos la fe, ese que dice que las mujeres lo creen muerto, «Jesús les salió al encuentro diciéndoles: La paz sea con vosotras»? Un veterinario, ¿te das cuenta?

—Sí. Pero cierra la puerta, por favor. ¿No ves que estoy estudiando?

Entonces voy al cuarto de mi tía.

—Tía, un milagro, he encontrado cinco cachorros en el contenedor de la basura.

—Ni se te ocurra traer más animales a casa. Que ya estamos nosotros.

—No tengo que traerlos a casa. ¿Adivina quién pasaba por ahí?

—Ni se te ocurra.

El veterinario llama casi enseguida:

—Están bien. ¿Y tú qué haces, sexto cachorrito?

Intento colarme entre los pliegues acogedores de su voz. Encuentro un hueco y entro. Y a través de esa brecha veo la ciudad que brilla bajo mis ventanas. Hace frío y no lo siento. Ya casi es la hora de la cena, pero me la puedo saltar alegremente y la noche no me da ningún miedo, ni siquiera las vacaciones de Navidad con nosotros, los Sevilla Mendoza, todos tristes.

—Te echo de menos —dice—. No te conozco y te echo de menos. O quizá debería decir que te echaba de menos y te encontré. Y no quisiera que me tomaras por loco, pero te quiero.

—Yo también te quiero.

—Entonces empecemos todo desde el principio, dentro de quince minutos, delante de los contenedores.

Qué pelo horrible llevo, desde que él no me manda ponerme el pasador, parece un sombrero calado hasta los ojos. Y qué gorda estoy, ¿por qué habré comido tantos dulces y tantos bocadillos? Seré capulla, ¿por qué no me habré preparado para la posibilidad de vivir? Tengo muchos disfraces para fingir el amor, de mujer blanca, de mujer negra, dominadora, víctima, puta, niña ingenua y ni un solo trapito decente para el amor verdadero, únicamente esos sacos deformados que uso para ir al colegio. Además, soy una chica rara, demasiado para que alguien se sienta realmente bien conmigo, y triste, demasiado triste como para no entristecer también al otro. Y tengo miedo. Y casi que no bajaría a los contenedores, si no fuera por las ganas locas de volver a verlo aunque sólo sea un momentito, y quince minutos es un tiempo insoportablemente largo, así que ni siquiera es imaginable que no vaya.

Y cuando lo veo llegar corro a su encuentro y él también corre y me rodea con sus brazos y me estrecha y nos besamos hasta quedarnos sin respiración y después me desabrocha el abrigo de lana y la chaqueta y se inclina para morderme las tetas y me

levanta en brazos y me lleva al coche y allí vuelta a empezar.

De vez en cuando se detiene y se aparta un poco para verme mejor.

—Amor mío —me dice—, mi sexto cachorro. Déjame que te mire. ¿Sabes que eres preciosa? Qué carita, qué ojazos melancólicos y felices debajo de ese mechón, me recuerdas a alguien, creo que era una niña que me gustaba cuando era crío. Hablo demasiado y no puedo pasarme todo este tiempo sin besarte.

Cuando por fin, con mucho retraso, me siento a cenar, los buñuelos de mi tía en el plato ya no me dicen nada. Han quedado mudos para siempre. Y también los raviolos de abuela me resultan indiferentes. E incluso los dulces del aparador, bajo llave, para ayudarme a adelgazar.

—Por lo menos come algo de fruta —dice mi tía, preocupada—, hay plátanos. ¿Qué te ocurre que no comes?

—No volveré a comer nunca más, porque mi veterinario es lo único con lo que quiero darme un atracón —declaro apoyando una mejilla sobre la mesa, y con voz de borracha, aunque no he bebido ni una gota—. ¡Mi raviolito, mi buñuelo, mis chokolatinas, mi plátano riquísimo! ¿Cómo he podido vivir así, sin Dios, sin amor, sin historias que contar?

Un día mi hermano aparece a la hora del desayuno, deja la pila de libros sobre la mesa, se toma el café con leche a toda prisa mirando el reloj, porque el portón del colegio cierra a las ocho treinta y cinco. A la hora del almuerzo vuelve a aparecer con cara satisfecha y dice: «Al diablo las manos. Al diablo el piano. Al diablo todo. Les he dado una paliza y hasta he conseguido que se disculparan».

Para celebrar el acontecimiento, mi tía se pone a renovar la casa y pinta de blanco el balcón diminuto que nos ha quedado, siembra claveles y planta esquejes de geranios en tres macetitas rojas y lila, hasta consigue meter un taburetito amarillo y una minimesa azul griego, donde en verano podrá dejar apenas un vaso, si le da por beber con los barcos enfrente. Después se justifica y dice que ella no es copiona, pero que las ideas de Mauro De Cortes, incluso en postales, son siempre las mejores.

A mi novio le faltan muy pocas asignaturas para conseguir la licenciatura en veterinaria. Estudia en Sassari y cuando viene aquí no le gusta pasear por la ciudad, sino cerca de su casa, en la zona de Capoterra, en los días despejados la veo desde mis ventanas. Tardo una hora en llegar con mi vespa, porque no me gusta correr y perderme el espectáculo de la laguna de Santa Gilla, toda rosa, violeta y oro, con las montañas de tono violeta más oscuro reflejadas en el agua y los flamencos almorzando y cenando tranquilamente. ¿Qué he hecho para ser tan feliz? Las playas son largas y en invierno están desiertas. Mi veterinario vive en una casa con mucho jardín, mucha familia y muchos animales. A la familia no la conozco porque siempre lo espero en la cancilla, pero a los animales sí. Me hacen fiestas meneando la cola y maullando al otro lado de la reja. Sobre todo Biagio, el perro más viejo, que si fuera

hombre tendría sesenta y tres años. Le caigo bien. Por eso mi veterinario suele llevarlo con nosotros para que corra por la playa y me lo entrega con su trailla, o me entrega a mí al perro. Y Biagio corre, corre mientras las olas rompen en las rocas de la orilla y nos rocían de sal. Y yo también corro al ritmo del perro.

Existía también esta vida y yo sin saberlo.

Mi novio me llama por el nombre de distintos animales, según las circunstancias. Si tengo miedo, soy su conejita, si demuestro fuerza, su leona. Su perra en celo, cuando nos desvestimos impacientes y nos mordemos mientras hacemos el amor. O bien su gatita, su ratoncita de granero, su gallinita sultana. Pero, sin ofender, le recuerdo sobre todo a las vacas, melancólicas y buenas, que se dejan estrujar las ubres sin protestar cuando deben dar leche, útil para el hombre. Y, siempre sin ofender, y sólo ahora que es invierno, a las ovejitas, mansas, útiles, porque yo también llevo abrigo de lana.

Le confesé todo sobre mí, mi historia de sexo sado-maso. Y él me abrazó y me dijo que acepté cosas así porque era un delicioso escarabajo estercolero, pero que ahora soy otro animal.

Yo soy feliz en este zoo. Mi veterinario consigue curarme las heridas y las llagas, que prácticamente han cicatrizado del todo. Y para mi hambre de amor siempre tiene el tipo de alimentación adecuada, como por ejemplo: «Cachorro de koala sin prisas», cuando me bloqueo. O bien: «Mi carbonerica sollozante», si río y lloro a la vez. La primera vez que hicimos el amor y nos estábamos besando, yo no paraba de decirle:

—No sé decidir, amor mío. No sé decidir si hacerlo o no hacerlo.

Y él me decía:

—Mientras esperamos, empiezo a desnudarte. Eres espléndida. Nunca había visto un animal tan hermoso.

No nos gusta llamar «coño» a mi coño, ni «polla» a su polla, así que los llamamos respectivamente «la Isla de los Lagos», porque yo siempre estoy mojada de deseo y «la Isla de los Árboles» por un motivo análogo.

No cree en Dios, pero quiso que yo rezara el rosario antes de sus exámenes, que hizo tras haberse sumergido muy a fondo en los estudios.

Después me telefoneó y dijo: «He vuelto a salir a la superficie, ya puedes guardar el rosario, amor mío».

Yo sé que está equivocado, porque ¿qué otra cosa puede ser este amor tan hermoso sino un regalo de mamá desde allá arriba, o de abuelo, o del Dios de mi padre?

Abuela dice que este muchacho es raro y que no debo fiarme. Se ha enamorado saltándose todas las etapas. Y además somos demasiado jóvenes. Y es cierto que ella y el abuelo también eran jóvenes, pero después ya se encargó la guerra de hacerlos esperar y entrar en razón.

La Nochebuena abuela hornea *papassine*, *candelaus* y amaretos hasta bien

entrada la noche para que se los lleve a la familia de mi novio que me ha invitado a comer.

Estoy de pie en la puerta.

—¿Y vosotros qué comeréis, por qué me dais todos los dulces?

—Vete, vete que es tarde —mi tía me empuja para que me vaya—. ¡Y que le den por saco a la infelicidad!

Los tres se asoman a la ventana y siento que me acarician con la mirada —ya estoy delgada y llevo el pelo largo, cuidado y recogido con una diadema— hasta que el muro de la calle es demasiado alto para poder verme.

La familia de mi novio es estereofónica. Llegan a la puerta los cinco cachorros en plena forma:

—Deseadle feliz Navidad a vuestra hermana.

—Mi abuela os envía estos dulces que ha hecho y yo he traído esto para tus hermanitas, *El diario de Ana Frank*, a la edad de ellas lo leía una y otra vez.

—Muy bien, cariño, pero también habría estado bien *Si esto es un hombre*. Para mantenerse alegres a su edad.

—No es triste, está lleno de esperanza.

—Claro que sí, cariño, no te preocupes. Total, aquí nadie se fijará. Se lanzarán sobre los dulces. Te enseño a los otros animales: mi hermano mayor, mi cuñada, mis sobrinos pequeños. Mi hermano pequeño, mi hermana mayor, mis hermanas pequeñas. Y los chicos: Chopper, el perro más generoso del mundo. Dale la pata a esta guapa señorita. Isotta no está porque anda con la depre. Y los gatos vendrán después. Y con él, Biagio, ya sois amigos.

Biagio me mira con mucha dulzura y mueve la cola y cuando me siento en una butaca que alguien me acerca, apoya el morro en mi regazo con las orejas en posición de tranquilidad y reposo. Le gusto. A lo mejor percibe que tengo miedo de estas novedades, de la vida. A lo mejor él también está nervioso.

—¡Tío! Antes de comer cuéntanos la historia del tiranosaurio.

—¡Dejadlo tranquilo! —se oye en estéreo.

—Vamos a refugiarnos dentro de su jersey, nos atacan los tiranosaurios —los pequeños le ensanchan el jersey y se ponen a salvo. ¡No nos pillaréis!

—¡Dejadlo en paz! —reproche en estéreo.

Entonces, en vista de que en este paraíso todos hacen lo que les viene en gana, me levanto de la butaca y yo también me refugio debajo del jersey de mi novio, a cubierto de la angustia, el miedo y los tiranosaurios. Los perros y los gatos piensan lo mismo que yo y ladran y maúllan para hacerse lugar.

—Ni se te ocurra volver a ponerte mis zapatos.

—Tú tienes mucha más ropa que yo.

—Eso es porque la cuido y no me pongo los jerseys sin haberme duchado ni me pongo los zapatos nuevos cuando llueve.

—¡Egoísta, tacaña, víbora, bruja!

—Tesoro, éstas son mis hermanitas en acción, sal de debajo el jersey. Mi novia os ha traído *El diario de Ana Frank*.

—Yo después me voy al cine —dice el hermano pequeño.

—¿Qué vas a ver? —pregunta en estéreo.

—La última de Hannibal.

—No nos gusta —juicio en estéreo.

—No sois vosotros quienes elegís la peli.

—Es verdad. Entonces puedes ir. No te damos dinero, pero puedes ir.

Ésa fue la primera de muchas otras veces que fui invitada por la familia de mi veterinario. Abuela mandaba los dulces hechos por ella, yo llevaba un libro alegre para las hermanitas y todos se partían de risa con mi temperamento dramático, mi tía mandaba para el hermano grande, aficionado a la historia, un libro con alguna interpretación nueva sobre temas no resueltos y muy debatidos. Entonces el hermano grande llamaba enseguida a mi tía para darle las gracias y se demoraba al teléfono pese a que todos estábamos ya sentados a la mesa. Los padres contaban que él se había pasado diez años como hijo único antes de que naciera mi novio, y leía, leía y de niño siempre quería que le regalaran soldadnos, para que pelearan en la guerra, pero después cuando se hizo mayor se convirtió en un pacifista que se interesaba por los conflictos sólo para odiarlos mejor. Y resultaba raro que en aquella familia tan numerosa hubiera dos hijos únicos, porque entre mi veterinario y su hermano pequeño había diez años de diferencia y por eso él también leía cuando era niño, leía y sólo quería que le regalaran libros de animales. No como su hermano menor, que se había pasado toda la niñez peleándose con sus hermanitas, que peleaban entre ellas pero se asociaban para hacer frente común contra él.

Isotta se enamoró de un perro de su misma raza, un nuevo vecino, que le dejaba huesos en la puerta de entrada. Venció su depresión, para gran tristeza de Chopper, que nunca había podido aparearse con ella porque eran de diferente raza. En cambio Biagio sólo parecía tener ojos para mí.

Durante aquellas comidas y cenas nunca me perdía de vista. Llegaba hasta la cancilla moviendo la cola, me abría camino por el jardín y se detenía si yo iba demasiado rezagada. Permanecía alerta con las orejas tiesas durante los saludos iniciales y sólo apoyaba tranquilamente la cabeza en mi regazo cuando me sentaba en la que ya todos llamaban mi butaca.

Cuando llegaba la hora de marchar, el hermano mayor decía:

—Gracias, ma, gracias, pa. No he probado los raviolos, pero aquí todos me dicen que estaban deliciosos, los dulces tampoco los he visto, pero parece que estaban sublimes.

—Eso es porque estabas al teléfono hablando del Isonzo y después, de las responsabilidades efectivas de María Antonieta de Francia y si fue justo que la guillotinaran —se justificaba con dulzura su mujer, mientras arrojaba a los niños antes de salir—. Es porque discutías sobre El Alamein.

Abuela dice que el nuestro es un amor exagerado. Que no es realista: siempre colgados del teléfono, un continuo ir y venir de Sassari. Y a pesar de que este año hago el curso para la prueba de acceso a la universidad, ni por asomo pienso en los estudios. Amor, amor, nada más que amor. Abuela dice también que, en su opinión, no hay que fiarse mucho de alguien que confunde a los animales con los seres humanos. No debería haberle contado que mi novio, cuando regresa a casa, mima a sus perros y a sus gatos: «Dadme la patita que papá os quiere. ¿Qué es lo que papá os dice siempre? Que no nos separaremos nunca. Nunca».

Decido pasarle mis historias a mi veterinario para que las lea. Le gustan mucho. Lo único que no entiende es por qué siempre acaban mal. Con frecuencia le anuncio que habrá un muerto y entonces se enfada.

«Joder, amorcito, ya has matado a uno, dos son demasiados. Dos muertos en una historia que no es una tragedia son ridículos.»

Yo coincido. Es verdad: dos muertos son demasiados. Pero, lo que mi novio no sabe, es que en esta historia yo podría muy bien morirme y no me sentiría ridícula. De sólo pensar que un día él podría llegar a no desearme tanto como ahora y a aburrirse y a salir conmigo por cumplir, para no hacerle demasiado daño a su sexto cachorro, entonces le ruego a Dios que me mate ahora mismo, antes de que mi personaje vea el final de esta historia.

De repente me entra un miedo enorme de que mi estancia en el zoo de la Isla de los Lagos y de los Árboles no pase de ser unas vacaciones. Y entonces me pongo a contar las veces que me llama amor y me fijo mucho en que aquí en el zoo nunca haya nada siquiera mínimamente distinto de lo habitual. Y la comida ya no me alcanza y vuelvo a tener siempre hambre. Y voy vagando preocupada por la Isla, que se parece cada vez menos al Paraíso Terrenal y cada vez más a un Infierno.

Me digo que para algunos el amor dura: para abuela y abuelo, por ejemplo, para el hermano mayor y la cuñada, para sus padres. ¿Pero cómo hacen para estar tranquilos, para considerarse dignos de semejante milagro?

Mi corazón vacila, no tiene fe, y todos los días me sorprendo de ser precisamente yo la persona amada. Cuanto más fácil ha sido ser sólo el instrumento sexual de alguien que amaba a otra, que no forma parte de tu historia, más sencillo ha sido vivir entre los muros y mirar algún otro sitio de la postal.

Ahora que estoy fuera, con el sol, el mar y comida en abundancia, ahora que podría disfrutar... A lo mejor si Jesucristo se me plantara delante de repente y me dijera «La paz sea contigo», entonces sí me sentiría tranquila. Lo hizo por los cachorros, no por mí. Me deja hacer. Deja que yo lo eche todo a perder.

Me convengo de que mi estancia aquí está a punto de concluir y sé muy bien que haber resistido al látigo, a la vara japonesa y a la mierda no me servirá absolutamente de nada, porque todavía ningún hombre se ha acostumbrado a la expulsión del Edén. Así, cada vez que tenemos que separarnos, me vuelvo un coñazo como mamá cuando era pequeña y le pido más y más y más caricias y que me dé unas «buenas noches»

que me infundan confianza y él me da cien veces las «Buenas noches cachorrita» en la puerta y me acaricia, pero el pobrecito no sabe que no me basta. Porque no es eso lo que realmente quiero. Nada de todo esto me pacifica el alma. Ni siquiera los juegos sexuales a los que lo incito con mis relatos del pasado, cuando le pido que me haga daño para castigar mi hambre de amor insaciable. Lo que yo querría es que me dijera lo mismo que a sus perros y a sus gatos: «Dadme la patita, que no nos separaremos nunca. Nunca».

Entonces me demoro y pido comida y más y más comida y le doy comida y más y más comida, tanta que le provocho indigestión, hasta que él se queda exhausto y me da golpes en los hombros como haría con sus hermanos.

«Tranquila, tranquila...» y tengo la impresión de que no ve la hora de que me vaya y dentro de mí no hay más que desesperación.

El día menos pensado dejaré la Isla y cuando el veterinario regrese no encontrará más al sexto cachorro, ni a la vaca, ni a la conejita, ni a la perrita en celo y nos echará de menos el resto de su vida y seguirá buscándonos y se preguntará por qué, por qué y qué hizo mal, en qué no nos ha complacido. Y nosotras también lo buscaremos y este zoo será el único lugar al que querremos regresar. Y todo porque tenemos demasiada hambre y no hay comida que nos sacie.

Estoy sentada en mi butaca. Biagio me vigila con las orejas en estado de reposo. En el cuarto de al lado están el veterinario y una amiga suya que se cayó al arroyo en la excursión que hicimos al Monte Arcosu. Así que ella ahora está empapada y él le está dando una muda de ropa masculina. Creo que tienen la puerta del cuarto cerrada para que no se vaya el calor. No puede ser por otro motivo. El veterinario quería que no estuviéramos siempre solos y aislados en ese mundo nuestro del zoo e invitó a unos amigos suyos a dar un paseo con nosotros. Pero quiso la fatalidad que a la cita acudiera sólo esta chica y que fuera imposible decirle «lo dejamos para otro día». Así que fuimos y yo me convencí de que no había nada que temer, que mi veterinario no puede ir por ahí con los ojos vendados para no ver a las otras. Además, todo iba bien, el cielo era de un azul todavía invernal y el agua del río, un espejo tan perfecto que el bosque salía duplicado. A medida que subíamos al monte a través del sotobosque de zarzas, el río se iba convirtiendo en un arroyo y cuando resultaba imposible abrirse camino, no quedaba otro remedio que vadearlo y el veterinario avanzaba y con piedras construía puentes para nosotras, las chicas. Yo, que estoy gorda, no me caí, mientras que la otra chica, que es bailarina clásica, está delgada y es ligera como una pluma, sí. Se cayó en el agua helada de febrero y tuvo que desnudarse del todo porque no llevaba una sola prenda que no estuviera empapada. Se tumbó completamente desnuda sobre una roca plana y parecía una de esas princesas de los libros de cuentos. El veterinario le tendió toda la ropa en los árboles para que se escurriera y los dos venga a reír y venga a reír. Se ve que él debió de tener la misma idea sobre el libro de cuentos que yo, y entonces se arrodilló a sus pies, haciéndole una reverencia principesca. Yo intenté quitarme algo como el anorak y el jersey y me

quedé un momento en sujetador enseñando mis enormes tetas y no lo hice todo exactamente por altruismo, sino para llamar la atención de mi novio y apartarlo de la bailarina. Pero en aquel marco encantador estaban ellos dos solos y mis tetas eran carne de la carnicería, que no le dice nada a nadie, que se puede cortar en lonchas lo mismo que la de mi culo. Cuando la bailarina entró en calor, al cabo de un rato muy muy largo, y su ropa dejó de gotea^ volvimos por donde habíamos llegado mientras el atardecer proyectaba sobre el arroyo y el bosque unos reflejos dorados preciosos. Y yo que estaba allí, en lugar de pensar que toda esa belleza era una prueba de que Dios existe, comprendí que no existe. Porque si Dios es Dios y ha sido tan listo como para crear este monte y este bosque y este arroyo y este cielo, después no puede ser tan estúpido como para hacer que la que se caiga al agua sea ella y no yo, o para el caso, ninguna de las dos. Y ahora ellos están encerrados en el cuarto de al lado para que no se vaya el calor y mira que esta familia es numerosa, pero hoy aquí no hay nadie, y con esta coincidencia Dios también demuestra su falta de inteligencia.

Entonces decido que no voy a estar. Biagio se da cuenta de que estoy llorando y aguza las orejas, levanta la cabeza y pone las dos patas anteriores en mi regazo.

—Biagio —le digo con lágrimas en los ojos—, aunque nunca me han interesado los animales, aunque de pequeña habría hecho una mueca de disgusto si, en lugar de una novelita de amor, me hubiesen regalado un libro sobre perros, a ti te he querido de veras, y también a los otros animales de la familia. Biagio, es la última vez que nos vemos. Adiós. No me sigas hasta la cancilla, te lo pido por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es.

Biagio no me siguió, mi veterinario tampoco. Ni hasta la cancilla, ni a ninguna otra parte.

Huyo a mi casa y tengo tanto frío que no hay mantas que alcancen y mi tía me da sus saltos de cama e incluso saca del armario el de mamá y el batín de abuelo que todavía infunde algo de su fuerza. Abuela dice que ella ya lo había dicho. Me lancé de cabeza a este amor a los quince minutos de conocerlo. Me había dado un atracón como hacía cuando ella preparaba raviolos, o albóndigas, y había comido deprisa, sin respirar. Sin estilo. Sin lógica. Sin cabeza. Y ahora vomitaba de dolor. El amor también necesita su tiempo para digerirse bien.

Tras los cristales veo a la Muerte, con su negra capucha de herbaje, mal cortada. Llama con las manos ganchudas y me mira inexpresiva. Yo le sonrío.

«Ven —le digo—, cómete mi carne, total para lo que me sirve.»

La Muerte entra y me agarra de las tetas y el culo y me los aprieta y los devora y con ese aire indiferente se come también todo lo demás. Y lo que me impresiona es cómo, detrás de ella, el horizonte sereno brilla y resplandece y el balanceo del puerto te mece como cuando de niños viajamos en barco, protegidos por nuestros padres. La Muerte come lo que hay para comer, pero no lo quiere todo y se aleja revoloteando en la noche azul, más allá de los claveles y los geranios en las macetas rojas y lila, más allá de los barcos y los coches que van y vienen como luciérnagas silenciosas sobre el

punte de la Scaffa.

Entonces, después de meses sin tener noticias de él, lo llamo por teléfono.

—Tú habías dicho que la prueba de amor más grande que se puede dar a un ser humano es matarlo.

¿Pero es hermoso el mundo?

A pesar del ceñido traje de chaqueta negro y las medias finísimas sujetas con ligero, salto del jeep y avanzo entre la hierba alta y la maleza y las chumberas y los muros de piedra. Su abuela le dejó un olivar que en medio tiene una casita derruida.

Él prometió matarme un día de éstos con una sobredosis de vejaciones, pero por ahora tengo que vivir. Dentro de la casa montó la sala de torturas, toda para mí. En cuanto llego, lo primero que tengo que hacer es entrar allí. Él corre las cortinas de fúnebre terciopelo, enciende una lámpara y yo debo subirme la falda, inclinarme y agarrarme los tobillos para enseñarle el trasero. Me lo acaricia y me felicita porque es hermoso, me mete las bragas entre las nalgas y empieza a pegarme con la fusta que su abuelo usaba para azuzar a los caballos cuando se negaban a correr. Hasta que caigo al suelo.

—¿Me lo merezco porque no consigo enamorar a nadie? —le pregunto.

—Por lo que te dé la gana. Levántate y ponte otra vez en posición.

Me quita las bragas y va a buscar la tina de agua. Me moja el trasero para que me duela más. Me azotará hasta hacerme sangrar y cuando le suplique que pare sólo será para pasar a otro tormento. Hará que me quite la chaqueta del traje y querrá que saque pecho para enseñarle mejor mis tetas grandes y todas mis carnes. Me atará por las muñecas con la cuerda que cuelga de un gancho en el techo y se pondrá a estrujarme los pechos y a morderlos como para devorarlos y sentiré un dolor insoportable.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si quieres que pare.

Entonces voy y me tumbo en la cama de hierro, alta y desvencijada, y abro las piernas para mostrarme a él por completo y me preparo para la tortura del látigo entre los muslos.

En este cuarto oscuro no puede haber intimidad. Lo hacemos todo en un cubo donde después él me obliga a mirar y comer agarrándome del pelo. Pero hay algo que entendí: que esto no me hace más daño que mi veterinario y la bailarina reflejándose en el arroyo, que mamá en ese vertedero de allá abajo, que las postales de Mauro De Cortes. Que mi hermano que no te dice una sola palabra. O que mi padre que no está.

Abuela siente verdadera debilidad por Mauro De Cortes

Ayer, a la hora de comer, llaman a la puerta y cuando mi tía va a abrir grita:

—¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡Te dábamos por desaparecido de nuestras vidas!

—¿Os he estropeado la fiesta? —oigo a Mauro De Cortes contestar entre risas.

Yo también corro a abrazarlo. Con mi hermano, grandes palmadas en la espalda. Nos abalanzamos sobre él y no nos importa que se haya marchado sin despedirse y no se haya prometido con mi tía, es estupendo que esté aquí.

—¿Cuándo desembarcasteis?

—No desembarcamos. Esta vez he vuelto en avión. No he avisado ni a mis hijos.

—¿Qué ha pasado con el velero?

—Nada. Está en perfecto estado. Navega por el Mediterráneo con mi ex.

—¿Le has dejado el velero?

—Bueno, ya sabéis que no me gusta discutir.

—¿Así que ahora estás sin velero y sin novia?

—Y sin casa. Es decir, tendré que buscarme una más pequeña, porque estos últimos meses he gastado demasiado.

Cuando se marchó, mi tía dijo: «¡Esto es otro milagro como el de Valmy, chicos! ¡Un pequeño ejército de andrajosos vence a la coalición enemiga!».

Y se puso a cantar el himno de la Revolución Francesa.

Mauro descansa de las fatigas del largo viaje en el pecho grande y mullido de mi tía, en sus caderas mediterráneas, en sus piernas largas y perfectas, en su pelo eternamente despeinado. Destroza cajones repletos de su ropa interior porque se la arranca de encima y cuando mi tía debe regresar a casa a ayudarme con el trabajo de historia para el curso de las pruebas de acceso a la universidad, le dice: «¡Alto ahí!».

Mi tía nos habla de la nueva casa de Mauro, nos dice que es mucho más pequeña, pero mucho, mucho más bonita que la anterior. Dice que tiene luz difusa, que el lavabo es el colmo de la racionalidad en poco espacio, que los libros y los CD están encajados en las paredes. Las comidas pasan de la zona de cocción a la mesa del comedor por una puertecita pasaplatos que le da a lo que comes un toque fabuloso. Y el dormitorio es como la celda monacal de un monasterio sobre el mar, con la cama debajo de un ventanuco con rejas por el que la luz parece llegar de lejos, junto con las campanadas y la sal.

Además, en casa de Mauro se disfruta realmente de la música. Lo cierto es que en nuestra casa nunca falta música, pero, sin ánimo de ofender a mi hermano, que toca de maravilla, una cosa es escuchar los mismos ejercicios o un mismo pasaje durante horas y horas antes de que queden perfectos y otra es quedarte tumbada en un sillón escuchando lo que más te gusta. Mi tía tiene miedo de que todo termine. Tiene miedo de no sentir el peso íntimo y maravilloso del cuerpo de Mauro sobre el suyo. Y esta

vez no sabe en qué plan de guerra inspirarse, porque no hay estrategia capaz de aguantar la ofensiva enemiga de una separación imprevista, de otro mar, de otro amor. Cuando le dijo «te quiero», Mauro se enfadó e instintivamente le dio un azote en el trasero, y le pidió por favor que no utilizara palabras mayores, porque ellos folian, ríen y hablan infinitamente bien. Y punto. Y ya sé yo las bombas que se disponen a caer sobre la cabeza de mi tía. Y también sobre la de mi abuela, que ahora que su hija sale con Mauro parece haber renacido y dice: «Al fin uno normal».

Pero yo no me olvido que para Mauro tener relaciones, reír y hablar representan una idea bastante pobre del amor.

Los refugios. La única solución posible: equipar los refugios para que sea posible resistir.

Porque ya está claro que ninguno de los supervivientes de los Sevilla Mendoza puede permitirse hacer mutis por el foro como hicieron mamá y papá y si te he visto, no me acuerdo.

Nosotros debemos quedarnos. Tácitamente nos hemos dado palabra de honor de que estaremos.

Dentro del tiburón

Por desgracia, el refugio sirvió. Vaya si sirvió. Desde allí dentro no se oía nada, porque hubo mucho silencio cuando Mauro De Cortes dejó de invitar a mi tía a ir a su casa y me enteré de que mi veterinario ya se había quedado con la otra cachorrita. Esta vez mi tía no se tumbó en el suelo y no corrió por toda la casa dándose con la cabeza contra las paredes. Se lavó, comió y fue a la universidad a impartir sus clases. No se refirió a ninguna batalla, ni nos comparó con los vencedores ni con los vencidos. Sencillamente, después de la guerra atómica, dejamos de existir sobre la faz de la tierra.

Allí, en el refugio, una especie de vientre de tiburón, estaban todas las cosas que el mar nos había dejado después de siglos de historia, pero la vida de superviviente no daba satisfacción alguna. Y sobre todo no entendíamos qué había hecho explotar la bomba atómica.

Abuela venía a vernos y seguía preguntándole a su hija:

—¿Pero tú qué le hiciste?

—Nada.

Entonces abuela trataba de entender en voz alta y soltaba largos soliloquios. Decía que quizá mi tía se había hecho la loca, o quizá Mauro De Cortes no quería seguir con una mujer que había estado con todos esos hombres y ella había confirmado esta tesis entregándose a manos llenas, sin hacerse desear ni un poquito. O quizá no había sido lo bastante clara y él no había entendido que lo quería de verdad y había pensado que, como ella jugaba, entonces cualquiera podía jugar. O quizá había sido demasiado clara y se había puesto a hacer la crónica de toda su vida y a él ya no le había quedado nada más por descubrir y se había aburrido. En fin, algo tenía que haberle hecho. Porque Mauro De Cortes es una persona correcta, exquisita, normal y no hace nada sin un motivo.

En el fondo yo pensaba que Mauro no tenía la culpa si para él tener relaciones, reír y hablar no era el amor. ¿Acaso no tenía el derecho y el deber de buscarlo en otra parte? Seguramente todo este daño no lo hacía adrede, en todo caso, no había apretado el botón de la bomba atómica. En mi opinión, el botón no lo había apretado nadie, ni ellos, ni nosotros. Tal vez se le había caído encima un objeto cualquiera y la bomba había explotado, o tal vez era Dios quien había organizado mal las cosas y ahora ya no quedaba nada, sólo este vientre de tiburón lleno de trastos.

Hasta tal punto no quedaba nada que, un buen día, mi hermano se dio cuenta de que tenía los calzoncillos llenos de agujeros y roturas, el cinturón sin hebilla, el reloj sin pilas que marcaba siempre la misma hora y un día salió para ver si encontraba algo. Ya no quedaba nada, ni siquiera los grandes almacenes Upim de la calle Manno, donde compraba siempre. Regresó con las manos vacías y se echó a llorar, por

primera vez desde que no era niño. Lloraba y decía que quería a su mamá y a su papá. Y a lo mejor un Dios misterioso tuvo compasión, porque recibimos la primera carta de papá desde que se había ido.

Como Job y Jonás

Nos daba su dirección, nos contaba que estaba en Sudamérica y trataba de ayudar a los pobres, como siempre había pensado hacer, pero mamá también era tan pobre que lo había retenido aquí. Nos hablaba de los *cafetaleros*, los cultivadores de café, que no tenían nada. Nada. Nos contaba que por un motivo u otro no se había librado de su oficio de mecánico, que por un motivo u otro le daba siempre por citar la Biblia, y que en el fondo, en su vida no se habían producido grandes cambios.

Le escribí enseguida: llena de emoción y esperanza. Me lo imaginé sentado a una mesa, con las piernas estiradas y los pies asomando por la otra punta y el cenicero que se iba llenando de colillas, mientras leía sobre el veterinario, sobre las chicas que no ligaban con mi hermano, sobre mi tía que había comprado la casa para nosotros y había sido una buena madre aunque nadie se lo hubiese pedido y sobre Mauro De Cortes, sobre el juez, sobre la bomba atómica y el refugio que parecía el vientre de un tiburón.

Me contestó enseguida y me rogó que leyera la carta en voz alta, a lo mejor después de cenar, con tal de que estuviéramos todos juntos, incluida la abuela. Nos contaba sobre Job, que era un hombre rico y afortunado, pero también bueno, justo y sabio. Pero Satán le dijo al Señor que para Job era fácil poseer todas esas cualidades porque era muy afortunado. Entonces Dios permitió a Satán que se lo quitara todo. Y Job no entendía por qué y no sabía qué había hecho mal. Fueron a visitarlo tres amigos, Elifaz, Bildad y Sofar, que querían sinceramente ayudarlo a encontrar los motivos de su infelicidad, exactamente como hace la abuela con nosotros. Pero ninguno de los motivos era realmente admisible y los tres siguieron soltando chorradas, exactamente como la abuela, y Job seguía sin entender. Y sigue sin entender el porqué de su infelicidad incluso cuando el Señor se le manifiesta a través de las cosas del mundo, pero a esas alturas ya no le importa nada, porque le basta con saber que Dios existe. Después la historia acaba bien y Job lo recupera todo y muere sabio y cargado de años.

En fin, que nos aconsejaba lo siguiente: que saliéramos del vientre del tiburón, quizá mientras estuviese dormido. Que tratáramos de nadar de verdad hacia uno de los lugares de las postales de mamá y comprobáramos si la guerra atómica había dejado algo vivo sobre la tierra, si todavía podía verse la divina sabiduría de la Creación con la que Dios se manifiesta a Job. Que renaciéramos a partir de allí, desde el punto en que mamá había muerto.

Una nueva Génesis. Una Tierra Prometida. Entonces mi hermano se convertiría en un gran músico rodeado de infinidad de chicas. Ahora, eso sí, con los pantalones subidos, por lo menos hasta el momento oportuno, y sin elegir siempre a las calentabraguetas que después no se dejan. Mi tía se casaría, no importa si sería con el

juez, o con el doctor Salevsky. O con Mauro De Cortes cuando regresara del último viaje emprendido sin despedirse, porque él sí, como decía siempre abuela, era un hombre realmente exquisito, ¡joder si era exquisito! O con alguien que nadie se esperara, total, mi tía no parecía hacer demasiadas distinciones. ¿O no? Y tendría un hijo, aunque estuviera entrada en años, y le pondría Isaac. Y Dios perdonaría a la abuela Zofar, pero únicamente por nuestra intercesión.

Al oír ese final los cuatro nos echamos a reír a carcajadas y abuela dijo que papá seguía siendo un maestro en eso de darle la vuelta a la tortilla y que, en su opinión, estaba a punto de regresar. Se había marchado sólo porque no le dábamos suficiente pena, pero ahora...

Esos raros y desdichados de Beethoven y compañía

Entonces entra mi hermano, con la misma expresión que mamá, de «pido perdón por estar en el mundo», a pesar de que la camisa y la chaqueta preciosas que le ha prestado el doctor Salvesky le quedan que ni pintadas. Como no teníamos ropa adecuada para el concierto, el doctor vino a casa y se las trajo. Se lo agradecemos mucho y él dijo que es un placer vernos de vez en cuando y saber cómo van las cosas y pensar en lo feliz que se habría sentido hoy mamá. Al despedirnos en la puerta nos contó que su hermano era pianista cuando le destrozaron las manos por oponerse al régimen que había entonces en Argentina.

Mientras lo presentan, mi hermano mira a su alrededor y el espacio parece no pertenecerle. Abuela y yo apretamos el rosario entre las manos y rezamos en voz baja. Mi tía dice que, si la cosa sale mal, con esas manos espléndidas mi hermano podría dedicarse a cirujano.

O bien, como dice siempre el juez cuando pasa de vez en cuando a recoger a mi tía, que no le guarda rencor y han quedado como amigos, licenciarse en derecho, porque tiene un alto sentido de la justicia. Y la música a tomar por saco.

Pero cuando mi hermano toca, esos raros y desdichados de Beethoven y compañía le ganan a todo y a todos. Porque en esa música está la frágil, trágica, dichosa y divina intensidad de la vida. Y están todos sus compañeros del colegio y las admiradoras y está lo que ha quedado de la familia Sevilla Mendoza, y la gente que aplaude a más no poder.

¿Y ahora que el tiburón duerme?

Papá no había sido claro y no estaba. Como siempre. Nos preguntábamos qué sería eso de la nueva génesis y qué querría decir, prácticamente, eso de volver a comenzar desde cuando mamá se había muerto, o ir por ahí para ver si se nos manifestaba el poder de Dios.

El tiburón rechinaba los dientes y jamás iba a dejar una abertura entre un diente y otro para permitir que escapáramos. Soñé que huiríamos en una noche estrellada, los cuatro juntos, y que nadaríamos dentro de una placenta de mar tranquilo y tibio. Seguiríamos unidos e incluso abuela lo conseguiría. Llegaríamos a la playa de la postal de mamá y, tal vez, volveríamos a comenzar a partir de ese punto. Ya se nos ocurriría algo. Pero ninguno de ellos quiso venir.

Así que una tarde opalescente de primavera, parecida a aquella en que murió mamá, me monté en mi vespa y decidí ir yo sola. Me daban un poco de miedo los precipicios de la carretera hacia Villasimius, pero el mar, precioso y ligero, estaba tranquilo, tanto que se confundía con las nubes.

Así se mostraba Dios con los hombres: tranquilo, sereno e infinitamente lejano. De la mierda siempre teníamos que salir solos. La cosa es que a mí me habría gustado tener instrucciones. Según papá, para salir del vientre del tiburón había que esperar a que se durmiera. ¿Y cómo haces para saber cuándo duerme? ¿Y cómo haces para saber cuál es la verdadera mierda?

Entonces me vino a la cabeza que nada en mi vida había sido o era mierda. Qué caramba. Al contrario, era todo hermoso. E incluso en la vida de mamá, aunque ella no lo había entendido. Tampoco mi tía. Tampoco abuela. Tampoco mi abuelo, ni mi padre.

Preciosas las vacaciones en el zoo con el veterinario y de ninguna manera fue un error sentarme a su mesa y darme un atracón sin estilo, puesto que tenía hambre. Precioso dejarme llevar por él a otro mundo y haber escuchado las razones de aquellos que son considerados como malvados. Precioso que mi tía haya hecho de esposa y madre y haya aprendido a nadar y haya plantado geranios y claveles en el balcón. Preciosos para mi hermano Beethoven y compañía y todas las muchachas que todavía no llegaron, pero llegarían. Preciosos ese giro en el tango para mamá y mamá para papá, y él para ella y todos nosotros para abuela. La cuestión es que no lo entendimos. Todo era precioso, porque yo los quería. Y en mi vida no habría querido conocer a nadie más que a ellos. Y al final me daba cuenta de que Dios no tiene nada de estúpido y sabe muy bien lo que hace. Y tampoco es cierto que no haya manera de llegar a los sitios bonitos y que no podamos disfrutar de ellos. En lugar de ir por la carretera de los precipicios, fui por el otro lado, hacia Chia, donde hay extensas dunas de mullida arena. Aparqué la vespa debajo de un cobertizo y recorrí uno de los

senderos perfumados. Mirto. Perpetua amarilla. Enebro. Romero. Hasta las pobres flores del cardo lucían el color de las lilas abriéndose paso entre las piedras.

Así, pequeño puntito insignificante en el universo, me dispuse a disfrutar de todos esos bienes de Dios en el verdadero sentido de la palabra. Al llegar a las dunas me senté y me quité los zapatos, miré fijamente la pendiente de arena blanca que, como un tobogán, me habría llevado suavemente hasta el agua, un agua azul, cristalina, infinita. Dios no sólo no era estúpido, sino que era sencillamente genial.

Y comprendí que ése era el momento de huir porque era feliz, no por lo que sucedía, sino por el simple hecho de existir y presentía que ésa era la idea correcta y que ahora el tiburón estaba durmiendo. Entonces vi una abertura entre sus dientes, me colé por ahí y después me dejé caer pendiente abajo por la arena y arrastrar por la corriente suavísima del mar y supe que iba a conseguirlo y que acabaría sabia y cargada de años como Job.

El mundo es hermoso de verdad

Con sus instrucciones, un cinturón y algo de abono, yo que era un patito feo me convertí en cisne. Lo de suicidarme queda completamente descartado, es bonito vivir incluso así. Cuando atravesamos el umbral de casa, chirriante y desvencijado, me levanta en brazos y me sube por las escaleras. Consigo cocer los espaguetis echándolos correctamente en forma de corona dentro de la olla para que no se peguen y me paseo por las habitaciones de mi palacio y él me baña dentro de la tina, después de las torturas, y yo le sirvo el café sosteniendo el platito con la boca y caminando a cuatro patas, luciendo un *bustier* y la cadena en el tobillo. No hablamos nunca, porque conocernos y contarnos cosas no forma parte del juego. Si quiero hablar con alguien, hago el trayecto que me lleva al taller de papá y él, entre motor y motor, siempre está dispuesto a sentarse, escucharme y ahumarme con su cigarrillo. Adoro los pasos que me llevan a su taller, adoro sus pies que asoman por la otra punta de la mesa, adoro el hecho de que trabaje el doble que antes, porque de Sudamérica se ha traído a María Asunción, creo que para su hijo, puesto que ella se pasa todo el tiempo adorando a mi hermano mientras toca el piano.

Y todos la consideramos deliciosa y pensamos que el muchachito ha hecho las Américas. Y abuela tuerce el morro y dice que es demasiado morena, demasiado india, no como esas sudamericanas espléndidas que se ven por televisión y dice que a todos nosotros nos gustan las cosas raras y ahora «no se mea ni se caga» sin María Asunción. Pero le prepara ravioles y albóndigas y todo lo que la muchachita desea es una orden para abuela.

Mi tía hace las maletas porque el doctor Salevsky la ha invitado, como amiga, a ir a Argentina, viajarán al Cabo de Hornos y a las cataratas del Iguazú y todos los parientes irán a recibirlos al aeropuerto, afectuosos como sólo los sudamericanos saben ser.

Pero para mí que mi tía se ha enamorado de papá, del que sin embargo la separa una distancia sideral. No puedo olvidarme de aquella vez en que mi padre entró en su cuarto, que era el despachito de mamá, a buscar algo y en el escritorio encontró una pila de libros. Entonces, no sé por qué, en lugar de pasar de todo, los cogió y a la hora de la cena se sentó a la mesa disfrazado de exorcista, los tiró sobre la mesa y con tono solemne se puso a recitar sus títulos:

—*Cómo conquistar a un hombre atacándolo en su punto débil. Convertirse en reina del sexo es fácil. Cómo encarar las disputas con el hombre que amas. Perfil de la segunda esposa. Conviértete en geisha sin haber pisado Japón. Lo que todos encuentran irresistible en una mujer.*

Después agarró a mi tía por la espesa cabellera rizada y teniéndola bien sujeta la obligó a recitar con él esos títulos.

—¡Lee tú también, criatura poseída por el demonio! ¡Éstos son tus textos sagrados, tu Biblia que ofende la complejidad de la creación!

Nosotros nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas y mi tía estaba enfadada, pero se notaba que de vez en cuando a ella también se le escapaba la risa. Al final reunió todas las obras de Satán, las metió en una bolsa de basura y bajó a tirarlas al contenedor que hay debajo de casa.

Y se nota que mi tía prefiere ahora nuestra cocina al Cabo de Hornos, a los veleros y a todo lo demás, pero así es la vida.

La tempestad

Y un buen día se nos va la mano. Él quiere que me sienta ridícula, dice que todos lo somos. Por eso tengo que pasearme desnuda con una mopa sujeta detrás y tengo que limpiar así, pero en cuanto hay un desnivel entre las baldosas, el mango se me mete más provocándome dolores atroces.

Comienzo a sentir unas punzadas en el estómago. Unas náuseas tremendas. En el suelo se forma un charco de sangre. Quiero ir a mi verdadera casa, con mi familia, pero cómo voy a ir en estas condiciones. Por eso le doy el número del móvil y la dirección de Mauro De Cortes. Tengo la corazonada de que ha vuelto. Es matemático, para mí él siempre está.

—Me vale con que me dejes en la puerta de su casa y que te vayas.

—Y una mierda. Te vienes conmigo al hospital.

Me levanta en brazos y me deposita en el asiento del coche como aquella vez, como si fuera de cristal. Sale disparado haciendo rechinar los neumáticos y dejando atrás nuestro mundo con la puerta abierta, la cama sin hacer y las huellas de su amor clandestino.

—Me vale con que me dejes en la puerta —sigo implorando—, ¿por qué quieres meterte en líos?

—Cállate. Tienes logorrea incluso cuando estás al borde de la muerte.

La verdad es que no recuerdo mucho más, sus maldiciones contra la estupidez de Dios, sus gritos contra los putos médicos de urgencias, que no echan a todos los demás para atenderme a mí, y ese médico al que agarra por el cuello y amenaza con hacerlo pedazos llama a la policía y él tiene que dar sus datos y esas cosas.

Después, la nada. Estoy tendida en una cama de hospital, limpia y perfumada, y Mauro está a mi lado, me sujeta con fuerza la mano y me acaricia la cabeza sin cansarse y me arregla continuamente el pelo como si tuviera que ir a una recepción.

—El Sardo Maso atacó de nuevo. Y no te rías así, tontita, que te hace daño.

—¿Lo has visto?

—¿A quién? Yo no he visto a nadie. Un criminal cabronazo me llamó por teléfono y me dijo dónde ir a buscarte.

—Entonces eras tú el que gritaba.

—Después me disculpé. Hay que avisar a tu familia, chiquita. La versión oficial es peritonitis.

María Asunción

Aquí en el hospital hay mucho tiempo para todo. Estaría bien saber escribir sobre María Asunción.

Mi hermano le ha hecho a mi padre la primera petición de su vida: prorrogar la estancia de la muchachita. En realidad, a ella ya se le ha vencido el plazo para estar aquí, porque la asociación de la que papá forma parte consiguió un mes. Y pasó deprisa.

María Asunción tiene doce, quizá trece años. Mi padre la conoció en el mercado donde ella vivía con otros chicos comiendo cuando podía, durmiendo en los cajones de fruta y vendiendo lo que encontraba en los vertederos. Y no fue él quien la siguió, sino ella, tímida y arisca como es. Cuando papá recorría el mercado con los otros voluntarios, se la encontraba siempre en su camino. Entonces le preguntaba sobre su vida y le hacía bromas, seguramente irresistibles, si lo sabré yo. Y no es que mi padre le diera demasiada confianza, porque desde el principio pensó que quería sacar algún dinero ofreciéndosele, como suelen hacer las chicas de allá. Pero no. María Asunción ponía su mano en la de papá y esperaba para recorrer parte del camino juntos con las bromitas. Un día mi padre descubrió que María Asunción es una artista, porque la chica llegó con un bote lleno de piedrecitas y arena con el que hacía un sonido maravilloso que acompañaba con un canto de sirena. Entonces, ese día, mi padre no consiguió hacerle ninguna broma y se echó a llorar y le contó que su hijo es pianista y que se pasa todo el día tocando y que no piensa más que en la música y que le habría gustado que lo conociera.

Así que buscó a la madre de María Asunción, que vivía con un segundo marido del que la niña había huido tras un intento de abusos fallido. Porque en el fondo era afortunada y había hecho el amor sólo con muchachitos como ella y nunca con adultos y además tenía su música y su canto.

Abuela enseguida quiso que se fuese a vivir con ella y durmiera en los mullidos colchones de las camas de sus hijas y saboreara sus platos más exquisitos.

Pero yo creo que María Asunción es la hija rediviva de Atahualpa: absolutamente regia. No toca un solo adorno del cuarto de mamá y de mi tía sin que la hayan invitado una y mil veces y no come antes de asegurarse de que todos tienen su justa ración y no se convence del todo hasta que no le decimos que si no se come todas esas cosas, acabarán en la basura. Entonces se ilumina.

«¡Muchas gracias!», dice nuestra princesa india de largos cabellos lacios, de dedos delicados, de piernecitas flacas.

Cuando viene a nuestra casa se pasa todo el tiempo adorando a mi hermano mientras toca y mi padre la ha convencido para que construya uno de sus instrumentos musicales. Entonces un día, por la mañana temprano, fuimos al Poetto

para que ella buscara piedrecitas y arena para meter en sus botes y el mar estaba plano como una bañera. Casi no soplaban el viento. Casi no hacía calor. Casi no había gente. Ella tenía miedo y para demostrarle que no había nada que temer nos bañamos todos, hasta abuela. Y sólo se oía nuestra respiración cada dos o tres brazadas ligeras y el ruido de la última olita en la playa. Mi hermano regresó a la orilla y la convenció para que se le subiera a caballito y María Asunción se fió de él y sumó a nuestra respiración sus brazadas suaves, sus pies de princesa a los bancos de pececitos de plata. Yo tuve la certeza de que estaba encontrando la abertura entre los dientes de su tiburón que ahora dormía y que mi padre seguramente buscaría la manera de que pudiera quedarse con nosotros.

Conociendo a María Asunción me convengo cada vez más de que todo el mundo sufre la misma hambre. Todas las noches, antes de acostarnos, debemos telefonar y tranquilizar a la muchachita diciéndole que estamos vivos.

—¡Buenas noches, María Asunción!

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Abuela dice que entonces María Asunción se duerme. Y por las mañanas, el mismo ceremonial para comunicar que nos despertamos sanos y salvos.

—¡Buenos días, María Asunción!

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

Y un buen día mi hermano regresa del conservatorio y feliz nos comunica que ha ganado una beca y que se irá a terminar sus estudios a París.

¿Quién se lo dirá esta noche a María Asunción?

¿Quién duerme al tiburón?

Abuela dice que ella sería feliz con poco: si mamá y abuelo no se hubieran muerto, si papá no se marchara, si mi tía encontrara novio, si mi hermano telefonara desde París más a menudo y nos contara algo, si yo me curara... Si Dios quisiera.

Mauro De Cortes cortó también con su última novia. Aquí en el hospital se cruza a menudo con mi tía. Una vez ella traía unas bolsas pesadas con todo lo que me hacía falta y él corrió a su encuentro para ayudarla. Cuando él se fue, mi tía no hacía más que repetirme: «¿Has visto cómo me ayudó con las bolsas?».

Cuando llegó mi padre, le fue imposible no contárselo también a él y papá le contestó: «Y eso que decías que no estaba enamorado de ti. ¡Y un huevo! Lo de las bolsas es una prueba clara de lo contrario».

Mi tía se quedó muda y se notaba que se sentía estúpida, pero yo me di cuenta de que papá está celoso.

Sin embargo, Mauro De Cortes no es malo. Tampoco un falso traidor que no se merece otra cosa que lo manden a tomar por saco, como dice mi tía. Claro que tampoco es exquisito como sostiene abuela. Pero yo considero un privilegio haberlo conocido.

Cuando viene a verme me habla del mar y de veleros. Yo creo que Mauro no ha querido a mi tía porque no sabe navegar y navegar significa que tienes que analizar bien la situación: viento, corrientes, distancias, profundidad, faros. Y después actuar en consecuencia. Mauro dijo que para que el navegante se divierta aunque sea un poco necesita un mínimo de cinco nudos y mi tía con cinco nudos vomita hasta el alma. Lo sé porque ella y mamá se inflaban de Xamamine incluso para el trayecto en el transbordador de Calasetta a Carloforte y mi abuelo decía: «¿Y éstas son hijas de un marinero?».

Pero entonces, ¿por qué Mauro también dejó plantadas a todas esas señoras que no vomitaban? Una vez se lo dije y me contestó que soy la mar de original. Y que quién había dicho que había sido él quien las dejó plantadas.

Lo dejaron ellas, vaya si lo dejaron, hartas de sus silencios, de los días largos e interminables sin ver otra cosa que el mar, de su incapacidad para hacer un cumplido, de sus manías. Pero él conserva todavía intacto el placer por el mar. Lo concreto de las acciones que haces. Estudias el viento y subes la vela lo justo. Pescas los pescados y te los comes.

¡Porque el placer de navegar es navegar!

Si no hubiera sido por Mauro y por el hospital, no habría sabido tantas cosas de mamá, de cuando era jovencita. Él a mamá y a mi tía las conoce de siempre, porque vivía en el edificio de enfrente, en el barrio de la Basílica de Bonaria. Mamá nunca iba a las fiestas, a menos que sus amigas la arrastraran, o que abuela casi casi la

obligara. Se quedaba sentada, como un conejo asustado, y si la sacaban a bailar, decía que no sabía. Se escondía en el lavabo mientras duraba la fiesta. Tenía el pelo precioso, lacio y rubio, peinado en una trenza, y ojos dulces como el chocolate, pero con los chicos no conectaba. Recorrer con ella un trayecto corto se convertía en toda una empresa porque se notaba que no sabía qué decir y que se alteraba. El ambiente se hacía cada vez más pesado y aumentaba la incomodidad. De jovencito él creía que estaba algo enferma. No debo ofenderme. Era por cómo caminaba insegura y encorvada, en zigzag, metida en aquellos anchos vestidos floreados y con aquellos zapatos destalonados fuera de temporada.

Mi padre la invitaba siempre y a todas partes y ella esperaba que terminara de bailar con las demás. Después él se le acercaba para marchar con ella, la agarraba de la trenza y agitándola como una cola, le gritaba: «¡Guau! ¡Guau! ¡Grrr!»». Cualquiera otra chica le habría dicho que era un capullo, pero ella no. Se reía como con ningún otro. Porque papá era justamente lo contrario de ella: perseguido por enjambres de chicas. Guitarra, magnífico músico autodidacta, de verdad. Que con tal de hacer reír se metía en problemas. Hablaba hasta con las piedras y hasta las piedras hablaban con él. Quería salvar al mundo, como revolucionario, como cura, vete a saber, y parecía que había empezado por aquella extraña criatura que era mi madre. En el fondo lo había conseguido, durante casi veinticinco años la había salvado de la tempestad.

Pero cuando la tempestad llega, puede ser de repente. Mauro lo sabe porque lo ha vivido.

Al principio el viento te da gustito porque eso es justamente lo que el navegante quiere. Pero después sopla cada vez con más fuerza. Sesenta, setenta nudos. Hay que tomar rizos. Cada maniobra se vuelve difícil, arriesgada. Tienes que atarte, pero a él, por ejemplo, alguna vez no le dio tiempo. Era demasiado tarde y no podía soltar el timón ni un instante. Siete horas al timón aguantando el agua de lluvia y de mar. Una violencia capaz de arrancar una tabla empernada de la proa. Ni un solo punto de referencia en un mundo de agua enfurecida. Podía perder la vela, partirse el palo. La única salida era gobernar la embarcación un poco y aguantar. Entonces Mauro comprendió que podía morir, se resignó y se puso a admirar el paisaje, helado y entumecido como estaba. Disfrutaba de la altura de las olas y de ese espacio sin tierra, sin cielo, sólo de agua pulverizada por el viento. Y después pasó. Mauro lo había conseguido.

La historia de la tempestad me ha dado tanto miedo que el otro día, cuando se puso a llover, le mandé un mensajito a mi padre: «¡Os prohíbo que vengáis al hospital con tormenta!».

Al cabo de nada sonó el móvil. «¿Pero qué tormenta, hija mía, el Capitán Tormenta?»

La nueva familia Sevilla Mendoza

De pie, delante de la iglesia. Gafas oscuras para que no se vean las lágrimas que caen a raudales. Las personas que salen de la misa anterior miran compasivas y siguen de largo. Alguien se acerca.

—¿Hay un funeral después?

—No —abuela estalla en sollozos—. No se ha muerto nadie. Lloramos de felicidad. Mi hija se casa hoy con mi yerno. Es la única manera de que María Asunción se quede con nosotros, si Dios quiere.

¡Pero Dios quiere!, digo yo.



MILENA AGUS. Nacida en Génova y afincada en Cagliari (Cerdeña), debutó de forma fulgurante en 2005 con la novela *Mientras duerme el tiburón*, obteniendo de forma inmediata el reconocimiento unánime de crítica y público. Se consagró poco después con *Mal de piedras* (2006), novela que la haría acreedora del Premio Elsa Morante y finalista de los prestigiosos galardones Strega y Campiello. Posteriormente ha publicado, entre otros títulos, *Las alas de mi padre* (2008) y *La imperfección del amor* (2010). Traducida a veinte idiomas, su obra ha cautivado a más de un millón de lectores. *Alice* es su última novela.